

**OBRAS
ESCOGIDAS**



El presente libro nos introduce en el maravilloso mundo de Heidi, una niña pequeña que es llevada a vivir con su abuelo ermitaño en Los Alpes. En las montañas, Heidi lleva una vida bucólica rodeada de las cabras y su inseparable amigo Pedro. Sin embargo, todo cambia cuando Heidi debe viajar a la ciudad para acompañar a Clara, una joven educada que vive postrada en una silla de ruedas. A pesar de la nostalgia por la naturaleza y su abuelo, Heidi logra llenar de alegría y frescura la vida de la gente de la ciudad.

Johanna Spyri, nació en Hirzel, Suiza, el 12 de junio de 1827. A la edad de 14 años se traslada a Zürich, donde estudia piano e idiomas extranjeros contemporáneos, y sirve de institutriz a sus dos hermanas pequeñas. Son años de largas lecturas y de veranos en la región montañosa de Suiza, donde situará más tarde a su personaje Heidi. Casada y con un hijo, Spyri se dedica a escribir cuentos para niños, pero será su obra *Años formativos de Heidi* la que la dará a conocer y se convertirá en un gran éxito. A este éxito le seguirá *Heidi podría necesitar lo que ha aprendido*. La autora escribe y publica cuentos hasta el día de su muerte en 1901.

CÓDIGO 6810

ISBN: 978-956-12-1512-2



9 789561 215122



HEIDI

JOHANNA SPYRI



HEIDI

JOHANNA SPYRI

ILUSTRACIONES DE
ANDRÉS JULLIAN



ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES	6
1 ASCENSO A LA MONTAÑA	9
2 EN LA CABAÑA DEL ABUELO	23
3 EN LOS PASTIZALES, CON LAS CABRAS	31
4 VISITA A LA ABUELA DE PEDRO	43
5 DOS VISITAS SORPRESIVAS	57
6 UNA NUEVA VIDA	67
7 EL AMA DE LLAVES PASA UN DÍA TERRIBLE	77
8 OTRO DÍA ESPANTOSO	91
9 AL SEÑOR SESEMANN LE CUENTAN COSAS ESCALOFRIANTES	101
10 LLEGA MADAME SESEMANN	109
11 ENFERMA DE NOSTALGIA	119
12 FANTASMAS EN CASA	123
13 NUEVAMENTE EN LA CABAÑA	134
14 CUANDO REPICAN LAS CAMPANAS	147

Querido lector:

En esta carta que Heidi lleva para ti, no pretendo enseñarte nada sobre su lugar o fecha de nacimiento, ni cosas así en que los grandes acostumbran ocupar la primera página de sus libros. Porque si te digo que Heidi es hija de la imaginación de una escritora suiza, tú pensarás que habla de cosas desconocidas o incomprensibles para ti. O si te cuento que nació en el siglo XIX, sospecharás que es una de esas cosas pasadas de moda de que suelen hablar las personas mayores.

Y en ambos casos te equivocarías.

Por eso prefiero, simplemente, desearte feliz viaje por estas páginas, en compañía de una niña que se ha ganado la amistad de millones de lectores en el mundo entero.

¿Cuál será el secreto de Heidi para no envejecer y darse a entender a niños de tan lejanas tierras y tan distintas razas?

Simplemente, hablar el lenguaje de la gracia y la ternura, que es universal. Porque un anciano de larga barba, capaz de abandonar sus labores más urgentes para labrar una banquita infantil en rústica madera, significa abuelo, en todos los idiomas del mundo.

Y el sentimiento que lleva a Heidi a compartir, ya sea su ración de queso con un pastorcillo de la montaña, o su tiempo con una inválida en la mansión señorial, se llama amistad, en todos los diccionarios.

Por estas razones no quiero ocupar esta página en nada parecido a una tarea, y prefiero invitarte a subir con Heidi al aire puro de su montaña; a vivir con ella la aventura de viajar a la gran ciudad, y a regresar: ¡sobre todo eso! regresar, porque

esta es una historia del retorno a lo propio, a la tierra natal y a la gente que se ama, porque nos pertenece.

Pero sin olvidar que Heidi –enamorada de la vida al aire libre, de las florecillas silvestres y los pájaros del campo–, lloraba de emoción ante las páginas de un libro que le mostraba su propio mundo de la infancia, recuperado milagrosamente en palabras e imágenes.

Es la magia de la lectura.

Del libro, que te permite llevar un mundo en el bolsillo. Ojalá esa imagen obre en ti, y al cerrar este libro seas capaz de abrir tus ojos a la naturaleza que te rodea y a los seres con quienes la compartes.

Así, página a página irás descubriendo que –aunque la encuentre en una librería y te pareció un objeto de papel– esto de “hacerse libro” no es más que un truco de Heidi, su secreto para no envejecer; pero estas páginas son en realidad un alma infantil, viva, tierna, entretenida, cuya amistad –si es sincera– te acompañará en la hermosa aventura de crecer.

Y aquí me despido, pues Heidi te espera a la vuelta de la página, como tus amigos a la vuelta del camino. Adiós, y buen viaje... te desea

Floridor Pérez

1

Ascenso a la montaña

Mayenfeld es una pequeña y linda ciudad suiza, al pie de una cadena montañosa. Desde la ciudad, un sendero asciende suavemente hacia las alturas.

Una soleada mañana de verano, una joven mujer subía por el sendero. Llevaba de la mano a una niñita de unos cinco años y cargaba un bulto de ropa. La niña iba muerta de calor, arropada como si fuera invierno.

Cuando después de una hora llegaron a la pequeña aldea de Dörfli, los aldeanos —que conocían a la mujer, porque había nacido allí— comenzaron a llamarla desde sus casas. Pero ella no les contestaba. Al pasar frente a la última casa del pueblo, una voz la detuvo:

—¡Dora, espérame! Si vas a subir, te acompañaré a la montaña.

La niñita se soltó de la mano de Dora y se sentó en el suelo.

—¿Estás cansada, Heidi? —le preguntó Dora.

—No. Pero tengo mucho calor.

Desde la casa había salido una mujer gorda, de aspecto simpático, que empezó a conversar con Dora.

—¿Adónde llevas a la niña? Supongo —agregó— que es la hija de tu difunta hermana.

—Sí —repuso Dora—. La llevo donde su abuelo. Ahora tendrá que vivir con él.

—¿Con el viejo de los Alpes? ¡Te has vuelto loca! El viejo te dará un solo grito cuando se lo digas.

—Es su abuelo —dijo Dora—. Ahora le toca cuidarla a él, porque a mí me han ofrecido un buen trabajo.

—Él podría hacerlo si fuera un abuelo como todos —comentó Isabel—. Pero tú le conoces. No sabrá cuidar a una niñita y ésta no soportará vivir en la montaña. ¿Qué trabajo te han ofrecido?

—Un empleo en Alemania, donde una buena familia de Frankfurt. Ya el verano pasado quisieron emplearme y yo no acepté. Pero este año, cuando me lo ofrecieron de nuevo, dije que sí.

—¡No me gustaría estar en el pellejo de esta niñita! —exclamó Isabel—. Nadie sabe por qué el viejo tiene tan mal carácter ni por qué hace años que no va a la iglesia. Las pocas veces que baja de la montaña, la

gente le arranca. ¡Esa barba y esas cejas tan espesas le dan un aspecto terrible!

—Lo siento. Ahora tendrá que cuidar a su nieta. Y si a ésta le pasa algo, será su culpa, no la mía.

—No me explico por qué vive allá arriba tan solo. Dicen muchas cosas de él —murmuró Isabel—. Pero supongo que tu hermana te habrá contado lo que realmente le sucedió, ¿no es cierto?

—Sí. Pero prefiero no contarle, porque si el viejo lo supiera se enfurecería conmigo.

Isabel, sin embargo, no estaba dispuesta a quedarse con la curiosidad. Ella vivía en Dörfli solo desde que se había casado, así es que sabía muy poco acerca de sus nuevos vecinos. ¿Por qué aquel viejo vivía como un ermitaño, y por qué los aldeanos bajaban la voz cuando hablaban de él? Dora debía aclarárselo. Ella era pariente del viejo y había vivido en Dörfli hasta un año atrás.

—Al menos —dijo Isabel tomando de un brazo a Dora— aclárame qué hay de cierto en lo que se murmura del viejo de los Alpes. ¿Siempre él ha estado contra todos? ¿Por qué todos le temen?

—La verdad... es que no lo sé. Yo le conozco hace poco tiempo; él debe tener setenta años y yo tengo

veintiséis. De todos modos... si no cuentas lo que te digo, podría hablarte algo de él. El abuelo y mi madre llegaron aquí desde Domleschg.

—Por favor, Dora —protestó Isabel—. Puedo ser muy discreta cuando hay que serlo. Habla. No repetiré nada de lo que me cuentes.

—Bien, pero... ¡Tienes que cumplir tu promesa!

Dora buscó con la mirada a Heidi para saber si podría oír lo que iba a decir, pero la niña no estaba allí. Miró entonces hacia el sendero: tampoco caminaba por él.

—¡Está allá! —gritó de pronto Isabel, y señaló con el dedo—. Mírala: va subiendo la montaña junto a Pedro y sus cabras. Sigámosla con la vista mientras tú continúas la historia del viejo.

—De acuerdo —dijo Dora—. Aunque Heidi solo tiene cinco años, no hay que preocuparse de ella. Se las arregla muy bien sola. Por suerte, pues el abuelo no tiene más que su cabaña y un par de cabras.

—Antes viviría mejor, supongo —comentó Isabel.

—Ya lo creo. Fue dueño de una de las mejores granjas de Domleschg. Era el mayor de dos hermanos. Su hermano era una gran persona, pero al viejo no le gustaba trabajar. Así es que entre las farras, el

juego y la bebida despilfarró todo su patrimonio, y también el de su hermano. Finalmente, los dos desaparecieron. Del viejo solo se supo que se había alistado en el ejército y que estaba en Italia. Pasaron doce o quince años antes de que volviera a haber noticias acerca de él...

—Dora parecía desahogarse mientras hablaba.

—Vamos —la animó Isabel—; sigue, sigue.

—Un día apareció en Domleschg. Traía a un pequeño hijo y pidió a sus familiares que se lo cuidaran. Pero nadie quiso hacerlo.

—Dios mío —exclamó Isabel.

—Su furia fue tanta, que juró no volver a pisar Domleschg. Se vino a Dörfli, donde se estableció con su hijo, que se llamaba Tobías. Los aldeanos supusieron que la mujer del viejo había muerto. Y como éste tenía algunos ahorros, puso a Tobías como aprendiz de carpintero. El muchacho era bueno y conquistó a todos. No así el viejo, del que se murmuraba que había desertado del ejército para evitar ser castigado. Había dado muerte a un hombre en una riña, ¿entiendes? Pese a todo, nosotros le aceptamos como parte de la familia. Su abuela y mi bisabuela eran hermanas; por eso le llamamos tío. Y como en

Dörfli casi todos estábamos emparentados, los demás también empezaron a llamarle tío. Y cuando subió a la montaña y se quedó a vivir en ella, le bautizaron como el viejo de los Alpes

—¿Y qué pasó con Tobías? —preguntó ansiosamente Isabel.

—Por favor, no me apures tanto —pidió Dora—. Cuando Tobías llegó a ser carpintero, se casó con mi hermana Adelaida. Ambos fueron muy felices. Pero por poco tiempo: Tobías murió dos años después, aplastado por una viga cuando estaba construyendo una casa. Adelaida sufrió tanto, que se enfermó y murió pocas semanas después. Tantas desgracias —continuó Dora— terminaron por hacer creer a todos que Dios había castigado al viejo por la mala vida que había llevado. Se lo decían en su misma cara; y el cura le aconsejó que hiciera penitencia y se reconciliara con Dios. Esto enfureció más al viejo. No le dirigía la palabra a nadie y los aldeanos empezaron a evitarle. Hasta que un día supimos que se había ido a vivir a la montaña y que nunca bajaba al pueblo. Y allí sigue, dejado de la mano de Dios y de los hombres. Mi madre y yo nos hicimos cargo entonces de la hijita de mi hermana Adelaida,

Heidi, de apenas un año. Y cuando el año pasado murió mamá, busqué trabajo en la ciudad y me llevé a Heidi a Pfäffesdorf para pedirle a la vieja Úrsula que la cuidara. Pasé todo el invierno cosiendo, pues siempre hay gente que necesita que le arreglen la ropa. Hasta que a comienzos del verano me contrató esa familia de Frankfurt de que ya te hablé. Quieren que me vaya pasado mañana con ellos. No puedo perder ese buen empleo.

—¿Y no te preocupa dejar a esta niña con el viejo? —le reprochó Isabel.

—Dora se enojó:

—¿Qué quieres que haga? Durante años he hecho por ella todo lo que he podido. Es muy pequeña para que la lleve a Frankfurt. Bueno... ya vamos a llegar a la casa del viejo. ¿Adonde vas tú, Isabel?

—Donde la madre de Pedro. Bien, te dejo. Adiós, Dora, y que tengas suerte.

Dora la vio dirigirse hacia una pequeña cabaña que estaba en bastante mal estado. Si resistía el fuerte viento montañés, era únicamente porque la protegía una cavidad de la montaña, junto al sendero.

En la cabaña vivía Pedro, el cabrero. El muchacho tenía once años. Cada mañana bajaba a Dörfli y

subía con las cabras para que pastaran en los pastizales de la montaña. Al atardecer bajaba con ellas, brincando con la misma agilidad de los animales. En la aldea chiflaba para que los dueños de las cabras las fueran a recoger. Pero casi siempre eran sus hijos quienes lo hacían, por lo que Pedro tenía ocasión de estar con otros niños y niñas de su edad. Durante el resto del día, Pedro no tenía más compañía que las cabras. Dejaba muy temprano la cabaña —donde vivía con su madre y su abuela ciega—, después de haber bebido un tazón de leche y comido un pedazo de pan, y regresaba al anochecer tan cansado, que solo quería comer y acostarse.

El padre de Pedro había sido pastor como él, y había muerto años atrás. A Brígida, su madre, todos la conocían como “la madre del cabrero”, y a su abuela la llamaban Grannie.

Cuando hubo partido Isabel, Dora subió un poco más para tratar de ver adónde iban los niños con las cabras. No se divisaban.

Pedro se había apartado del sendero. Buscaba siempre donde hubiera mejores pastos. Heidi le había seguido casi gateando, muerta de calor por el exceso de ropa. Pero no se quejaba; envidiaba a

Pedro, que brincaba descalzo y con pantalón corto, y a las cabras, que saltaban ágilmente por entre los arbustos y las piedras.

De pronto Heidi se detuvo y se sacó las botas y los calcetines. Después se quitó el pañuelo de la cabeza y el elegante vestido que Dora le había hecho ponerse sobre el de diario, para que no lo llevase en la mano. Hizo un montoncito con las ropas y corrió adonde iba Pedro con las cabras.

El niño no se había dado cuenta de lo que hizo Heidi y le sonrió alegremente. La niña se sentía ahora libre como el viento, y comenzó a hacerle varias preguntas. Pedro tuvo que contestarle cuántas cabras tenía, adónde las llevaba y qué haría al llegar al pueblo.

En ese momento les divisó Dora:

—¿Dónde te habías metido, Heidi? —gritó—. ¿Y qué has hecho con tus vestidos y tu pañuelo? ¿Y tus botas nuevas? ¿Dónde las has dejado?

—Allá —contestó Heidi.

Dora miró hacia donde le indicaba la niña. El montoncito de ropa se veía apenas.

—¡Mocosa estúpida! —le gritó enojada—. ¿Por qué te has desvestido?

—Tenía mucho calor.

—¿Pero es que no piensas lo que haces? ¿Quién va a ir a buscar esa ropa? Yo me demoraré media hora en ir y venir. Pedro, tráela tú. ¡Y apúrate!

—Yo no puedo. Se me ha hecho tarde.

El pastorcito permanecía inmóvil, con las manos en los bolsillos.

—Más tarde se te hará si no te mueves —dijo Dora—. Toma; es para ti —y le pasó una moneda.

Pedro salió disparado y regresó con la ropa.

—Ahora me la subirás hasta la cabaña del viejo —ordenó Dora.

Los tres reiniciaron el ascenso por el empinado sendero. Demoraron casi una hora en llegar a la alta meseta en que el viejo de los Alpes tenía su cabaña. La casita estaba expuesta a todos los vientos, pero recibía sol durante todo el día y tenía una hermosa vista del valle. Tras ella se alzaban tres viejos abetos, más allá de los cuales el terreno subía bruscamente hasta la cumbre de la montaña. Alrededor de la cabaña la hierba crecía alta.

En la parte de la casa que miraba hacia el valle, el viejo de los Alpes había hecho un banco de madera. Y allí le encontraron, fumando tranquilamente su



pipa. Heidi fue la primera en llegar ante el viejo. Corrió a encontrarle y le tendió los brazos:

—Hola, abuelo. Llegamos.

—¿Qué? —gruñó el anciano—. ¿Qué es esto? —y miró fijamente a Heidi mientras le tomaba una mano.

Ella le miraba también fijamente, atraída por el raro aspecto del viejo, con sus enormes cejas y su larga barba.

—Buenos días, tío —saludó Dora, que llegaba en ese momento—. Es su nieta, la hija de Tobías. No la va a reconocer, porque no la ha visto desde que tenía un año.

—¿Y para qué la has traído? —preguntó el viejo, disgustado—. ¡Y tú, vete con las cabras! —le gritó a Pedro—. Ya es muy tarde. ¡Y no olvides las mías!

Pedro desapareció, asustado por la mirada del viejo.

—Ha venido a quedarse con usted, tío —dijo Dora, sin rodeos—. Durante cuatro años he hecho por ella todo lo que he podido. Ahora le toca a usted.

—Conque a mí, ahora —refunfuñó el viejo, mirándola con furia—. ¿Y qué haré cuando se ponga a llorar y a llamarte a gritos?

—Ese es problema suyo —respondió Dora—. A mí nadie me dijo qué debía hacer con ella cuando me la dejaron. Y tengo ya bastante con cuidar de mí y de

mamá. Ahora debo irme a trabajar fuera, y usted es el pariente más cercano de la niña. Si no quiere que se quede con usted, entréguesela a quien desee. Agregaré más cargos de conciencia a los que ya tiene.

El viejo se levantó bruscamente. Dora, asustada, retrocedió.

—¡Vete! ¡Vete y no vuelvas! —gritó el viejo, alzando un brazo.

—Adiós, pues —dijo rápidamente Dora—. Heidi, adiós.

Y partió a la carrera. Cuando llegó a la aldea, todos querían saber cómo le había ido con el viejo.

—¿Qué paso con Heidi? —le preguntaban.

—Se quedó arriba —replicaba Dora—. Sí: arriba, con el viejo de los Alpes...

Las mujeres exclamaban:

—¿Cómo te atreviste a dejarla allí, Dora? ¡A esa pobre niñita indefensa, en manos de ese viejo!

Pero Dora no quería pensar en lo que había hecho.

Había prometido a la madre de Heidi, agonizante, cuidar de la niña. Y si ahora trabajaba, podría hacerse cargo de ella más adelante. Se consoló pensando esto último y se alejó lo más rápido que pudo de quienes le hacían reproches.

2

En la cabaña del abuelo

Cuando Dora partió, el abuelo se sentó nuevamente en el banco, fumando en silencio. Heidi, entre tanto, recorría los alrededores de la cabaña. Encontró vacío el corral de las cabras. Lo rodeó, y estuvo un rato oyendo el silbido del viento entre las ramas de los abetos. Apenas el viento amainó, Heidi regresó donde el abuelo, que aún continuaba sentado, y se puso a observarle.

—¿Qué otra cosa quieres hacer?—preguntó el anciano.

—Entrar en tu casa—contestó la niña.

—Hazlo, entonces—dijo el abuelo, y se levantó—. Vamos. Agarra tu ropa y entremos.

—Pero si ya no la voy a necesitar.

El viejo la miró fijamente. Los negros ojos de Heidi brillaban, excitados. “No es nada de tonta”, pensó el anciano, y preguntó:

—¿No la vas a necesitar?

—No. Quiero correr livianita, como las cabras.

—Entiendo. Podrás hacerlo —dijo el abuelo—. Pero de todos modos guardaremos tus ropas en el armario.

La niña tomó sus cosas y entró con el viejo en una gran habitación, que ocupaba toda la cabaña. Solo había una mesa, una silla y un catre. En uno de los muros se abría una chimenea, dentro de la cual colgaba una enorme olla. En otra de las paredes estaba el armario donde el abuelo guardaba sus pertenencias. Heidi vio allí camisas, calcetines y pañuelos; y en otro compartimento, vasos, platos y tazas. Más arriba, había un gran trozo de pan y unos pedazos de queso y de carne ahumada. Heidi se metió dentro del enorme armario y guardó su ropa lo más oculta que pudo.

—¿Dónde voy a dormir yo, abuelo? —preguntó entonces.

—Verás... donde quieras.

A Heidi le encantó la respuesta. Miró en torno suyo y vio una escalera apoyada en una de las paredes. Trepó por ella y se encontró en una buhardilla llena de heno fresco; una ventanita redonda permitía ver todo el valle.

—Ven, abuelo —gritó—. Aquí dormiré. ¡Qué sitio tan lindo!

—Sí. Lo conozco.

—Haré mi cama —dijo la niña—. Pero necesito una sábana.

—Espera —contestó el abuelo, y sacó del armario un corte de tela que subió a la buhardilla. Heidi ya había preparado con heno una especie de colchón, orientado en forma que cuando estuviera acostada pudiera mirar por la ventana redonda.

—No está mal —comentó el viejo—. Pero tienes que ponerle más paja a tu colchón.

Él mismo lo hizo; y luego, ayudado por Heidi, cubrieron el heno con la tela.

—Falta algo, abuelo.

—¿Qué cosa?

—Una frazada.

—¿Y si no la tengo?

—No me importa —dijo Heidi—. Puedo taparme con paja.

Pero el abuelo ya había bajado la escalera. Hurgó en su camastro, sacó un enorme saco de lino y subió con él hasta el pajar.

—¿Te gusta? —preguntó, mientras lo extendía sobre la cama—. Mira como quedó.

—Es una estupenda frazada —dijo Heidi, feliz—. Ojalá ya fuera de noche para acostarme.

—Antes deberíamos comer algo, ¿no crees?

Solo entonces Heidi se dio cuenta de que tenía hambre; durante el día no había tomado más que una taza de leche y comido un pedazo de pan.

—Sí, sí —repuso, hambrienta.

—Bien, ya que estamos de acuerdo, veremos qué podemos comer.

Ambos bajaron del pajar. El abuelo cambió la gran olla de la chimenea por una pequeña, y avivó el fuego hasta que aparecieron varias llamas. Cuando la olla empezó a humear, tostó algunas rebanadas de queso. Heidi, que había observado todo con gran entusiasmo, corrió entonces hacia el armario, de donde extrajo el pan, dos cuchillos y dos platos, y puso la mesa.

—Así me gusta —dijo el abuelo—. Pero falta algo.

Heidi pensó un instante y volvió al armario.

—El jarro y los vasos —dijo, poniéndolos sobre la mesa.

—Bien, bien —comentó el anciano—. ¿Pero dónde te sentarás?

Había solo una silla, así es que Heidi trajo un banquito y se sentó en él.

—Es muy bajo para ti... Espera.

El abuelo se levantó de su silla y la puso delante del banquito; en seguida colocó sobre la silla la leche y el plato con el pan y el queso tostado.

—Ahora sí —dijo—. Ya tienes una mesa donde comer. Y se sentó sobre una punta de la gran mesa.

Heidi bebió su leche de un largo sorbo.

—¿Está buena? —preguntó el abuelo.

—Riquísima —dijo Heidi.

—Te echaré un poco más.

El anciano volvió a llenar el jarro. La niña mezclaba cada bocado de pan o de queso con un sorbo de leche. Parecía feliz.

—Cuando terminaron de comer, el abuelo fue al corral, lo barrió y echó paja fresca para que las cabras durmieran sobre ella. Después cortó algunos palos redondos, hizo cuatro agujeros en un trozo de madera, y armó un banquito bastante alto. Heidi le observaba trabajar asombrada.

—¿Qué crees que es esto? —preguntó el viejo.

—¡Un banquito para mí! —gritó Heidi, entusiasmada.

“Esta niña es buena observadora”, se dijo el viejo. Y se dedicó por el resto de la tarde a hacer algunos arreglos en la cabaña. Heidi le seguía sin perder detalle.

Cuando oscurecía empezó a silbar el viento entre los abetos. Siguiendo el compás de los silbidos, Heidi bailaba y saltaba, mientras el abuelo la observaba. De pronto se oyó un chiflido y apareció Pedro con su rebaño de cabras. La niña corrió a recibir a sus amigos de esa mañana. Dos de las cabras empezaron a lamer las manos del abuelo, porque éste, como todas las tardes, les tenía en ellas un poco de sal.

Pedro continuó su camino con el resto del rebaño.

—¿Éstas son las nuestras, abuelo?—preguntó Heidi, acariciando a las dos cabras que se habían quedado—. Una es blanca y la otra negra, ¿no? ¿Dónde duermen? ¿En el corral?

Sus preguntas eran tan rápidas, que no daba tiempo a que el abuelo las respondiera. Cuando las cabras hubieron lamido toda la sal, el anciano ordenó:

—Trae tu jarro y un pedazo de pan.

El viejo ordeñó la cabra blanca.

—Bebe esta leche y cómete el pan—dijo luego, pasándole ambas cosas a Heidi—. Y después te pones

una camisa de dormir. Yo debo dedicarme ahora a las cabras. Buenas noches.

—Buenas noches, abuelo.

Pero cuando el anciano se alejaba con los animales, la niña corrió a preguntarle cómo se llamaban.

—“Margarita”, la blanca; y la negra, “Morena”—repuso el viejo.

—Buenas noches, “Margarita”; que duermas bien, “Morena”—dijo Heidi a las cabras.

Sentada en el banco adosado a la cabaña, y luchando con el fuerte viento que se había levantado, la niña engulló la leche y el pan. Luego subió a acostarse. A los pocos minutos dormía profundamente.

El abuelo se levantaba antes de la salida del sol, así es que también fue a acostarse. El viento continuaba soplando fortísimo. La cabaña se estremecía y crujía entera. De repente se desganchaba alguna rama de los abetos.

“Heidi debe estar asustada”, pensó el abuelo al cabo de un rato. Subió hasta el pajar y miró a la niña. Ésta dormía como un tronco y tenía una expresión feliz. El abuelo estuvo contemplándola hasta que la luna, que entraba por la ventanita, fue cubierta por una nube. Regresó entonces a su cama.

3

En los pastizales, con las cabras

Un agudo silbido despertó a Heidi. Abrió los ojos, y el sol que entraba por la ventanita la deslumbró. En un comienzo no supo dónde se hallaba. Pero la fuerte voz del abuelo le recordó que se había venido a vivir a la montaña. Feliz de haberse librado de la vieja Úrsula, que la obligaba a estar donde ella la viera, pues estaba sorda como tapia, Heidi saltó de la cama, llena de excitación ante el nuevo día que le aguardaba. Se vistió tan rápido como pudo y se acercó adonde estaba Pedro con su rebaño, a la espera de que el abuelo le trajera a “Margarita” y a “Morena”. La niña saludó a todos.

—¿Quieres acompañar a Pedro? —preguntó el abuelo, acercándose con sus dos cabras—. Subirá a los pastizales. —Al ver que la niña asentía, agregó—: Pero antes deberás lavarte.

Heidi fue hasta el cubo de agua que el anciano le señalaba y se lavó las manos y la cara. Entre tanto, el viejo llamó a Pedro desde la cabaña:

–Ven, capitán de las cabras, y trae tu morral.

Pedro se asombró al ver que el anciano le echaba en el morral un enorme pedazo de queso y otro de pan, muchísimo más grandes de los que él llevaba.

–Y en este jarrito le darás leche a la hora de comer. Heidi no sabe, como tú, beber directamente de las cabras. Pasará el día contigo. Deberás cuidarla para que no se pierda ni se acerque al precipicio.

Heidi apareció. Traía la cara roja de tanto frotársela.

–En la noche, cuando vuelvas –dijo el abuelo, sonriendo–, tendrás que meterte en el cubo. Traerás los pies inmundos de tanto seguir a las cabras. Vamos, ya pueden partir.

Era una hermosa mañana. El fuerte viento nocturno había limpiado el cielo de nubes; el sol doraba los verdes prados y las flores que surgían aquí y allá. Heidi corría alegremente ante la vista de tantas flores. Se olvidó de las cabras y de Pedro, y cortaba flores que iba poniendo en su delantal. Las llevaría a su dormitorio y las esparciría sobre el heno para que pareciera un prado.

A Pedro le era difícil vigilar a Heidi y a las cabras, que también corrían hacia todas partes. Agitaba su cayado y chiflaba para que no se dispersaran los animales.

–¡Heidi! –gritó de pronto, asustado–. ¿Dónde estás?

–Aquí, aquí –respondió una voz, a lo lejos.

Heidi se hallaba sentada en medio de un prado cubierto de flores y gozaba con sus olores.

–Ven aquí –pidió Pedro–. Tu abuelo me encargó que no te dejara acercar a la quebrada.

–¿Dónde está la quebrada? –preguntó Heidi, sin moverse.

–Nos queda mucho para llegar a ella, así es que apúrate.

Heidi corrió hacia Pedro con el delantal lleno de flores.

–Te sobran flores por hoy –observó el cabrero mientras reiniciaban el ascenso–. Si sigues cortando flores, no te quedará ninguna para mañana.

Heidi, comprendiendo que Pedro tenía razón, continuó subiendo junto a él. Las cabras avanzaban ahora más rápido, porque olían la cercanía de los pastos que les gustaban.

Casi siempre Pedro pasaba el día al pie de un picacho. En uno de sus costados estaba el precipicio del que había hablado el viejo de los Alpes. Al llegar al picacho, Pedro puso su morral en una hendidura entre dos piedras; no quería que una ráfaga de viento se lo hiciera rodar montaña abajo. Después se tendió a descansar de la subida. Heidi dejó sus flores junto al morral y se sentó a mirar el valle, que brillaba al sol. Lo cerraba una enorme montaña cubierta de nieve, con dos picachos rocosos iguales. El silencio era impresionante. Una débil brisa movía las flores de hermosos colores amarillos y azules.

Pedro se quedó dormido. Heidi seguía sentada; miraba los picachos con tanta intensidad, que de pronto le pareció que le sonreían como viejos conocidos. Un fuerte ruido la sacó de su ensoñación. Sobre su cabeza planeaba un enorme pájaro, graznando ásperamente.

—¡Pedro, Pedro! —llamó asustada.

El cabrero despertó.

—Es un halcón —dijo.

El pájaro volaba cada vez más alto. Finalmente desapareció tras los picachos.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Heidi. Nunca había visto un pájaro tan grande.

—A su nido —repuso Pedro.

—¡Qué alto está! ¿Y por qué mete tanta bulla?

—Porque tiene que hacerlo —explicó parcamente el muchacho.

—Subamos hasta donde vive.

—No. ¡Estás loca! Ni las cabras pueden llegar allí. Y acuérdate que tu abuelo me pidió que te cuidara.

Las cabras, entre tanto, ramoneaban por aquí y por allá el pasto nuevo; algunas jugaban dándose topones. Heidi corrió hasta ellas y empezó a hablarle a cada una. Había observado que todas eran distintas.

Algo más tarde, Pedro dispuso en el suelo la comida para ambos. Ordeñó a “Margarita” y puso el jarro junto al queso y al pan. Llamó a Heidi. Pero como ésta continuara jugando con las cabras, volvió a llamarla hasta que la niña oyó el eco de su voz y acudió.

—Basta de juegos —dijo el cabrero—. A comer, ahora.

—¿Ésta es mi leche?

—Sí. Y los pedazos grandes de pan y queso. Y otro jarro de leche más. Después beberé yo.

Cuando Heidi tomó su leche comió solo un pedacito de pan; el resto se lo pasó a Pedro, junto con el queso.

–Toma. Ya he comido mucho.

A Pedro jamás le había sobrado comida para dar. Miró vacilante a Heidi, como si ésta bromeara. Finalmente la niña le puso en las piernas el pan y el queso. Pedro se lo agradeció e inició su comilona.

–¿Cómo se llama cada una? –preguntó Heidi, que seguía observando a las cabras.

Pedro se las fue nombrando, mientras se las mostraba con el dedo. Heidi oía atentamente. Cada una de las cabras tenía algo que permitía distinguirla de las demás. “Turca” tenía enormes cuernos y siempre intentaba topetear a las otras, por lo que todas se alejaban de ella. La única que no le temía era “Perdiz”, un animalito de cuernos pequeños y afilados. Pero a Heidi le atrajo especialmente “Copo de Nieve”, una cabrita que balaba quejumbrosamente. Antes había intentado consolarla, ahora la abrazó:

–¿Qué tienes “Copo de Nieve”? –preguntó tiernamente-. ¿Por qué lloras?

La cabra se apretó contra ella y dejó de balar.

–Llama a su madre –dijo Pedro, que aún seguía comiendo-. La sacaron del rebaño y la vendieron.

–¿Y su abuela? ¿Dónde está?

–No tiene abuela.

–¿Y abuelo?

–Tampoco.

–Pobrecita –dijo Heidi, abrazando al animal-. No llores más; yo vendré todos los días a consolarte.

“Copo de Nieve” frotó su cabeza contra la falda de la niña.

Heidi continuó haciendo descubrimientos. “Morena” y “Margarita” se veían más independientes. Y cuando Pedro silbó a las cabras, ambas encabezaron al rebaño que trepó en busca de los arbustos que les agradaban.

“Turca”, como siempre, se daba importancia; pero “Margarita” y “Morena”, sin hacerle caso, ramoneaban felices las hojas de un enorme arbusto.

–Las cabras del abuelo son las más bonitas –dijo Heidi.

–Sí –repuso Pedro-. El viejo de los Alpes las limpia, les da sal y les tiene un lindo corral.

De pronto Pedro se levantó y salió corriendo. Heidi le siguió para saber qué ocurría. “Perdiz” estaba al borde del precipicio, lista para desbarrancarse. El muchacho intentó agarrarla, pero

resbaló, alcanzando a cogerla solo por una de sus patas. “Perdiz” se encabritó, tratando de escapar.

—¡Heidi! —gritó Pedro—. ¡Heidi, ayúdame!

Le era imposible levantarse sin soltar la pata de la cabra. Heidi ofreció entonces un puñado de pasto a “Perdiz”.

—Come, tontita —dijo—. No preferirás caerte.

“Perdiz” se volvió y empezó a comer el pasto que le tendía Heidi. Pedro pudo levantarse y agarrar a la cabra por el collar. Entre ambos la condujeron hasta el rebaño. Pedro tomó entonces su cayado y empezó a darle golpes.

—¡No! ¡No le pegues! —rogó Heidi—. Pobrecita. Mira cómo está de asustada.

—Ella se lo buscó —dijo Pedro, levantando el cayado.

Pero la niña se interpuso:

—¡No! ¡Le harás daño!

—La dejaré en paz si mañana me das nuevamente una parte de tu queso —dijo Pedro, pensando que se lo merecía por el susto que había pasado.

—Te daré mi porción entera —prometió Heidi—. Mañana y todos los días. Y parte de mi pan. Pero siempre que no le pegues a “Perdiz”, ni a “Copo de Nieve”, ni a ninguna.



—De acuerdo —dijo el cabrero.

Atardecía. Heidi gozaba viendo cómo el sol destellaba en los altos picachos. De pronto se levantó, gritando:

—¡Pedro, mira! ¡Incendio! La montaña está ardiendo. ¡Mira, las rocas también se están quemando!

—Eso pasa todas las tardes —dijo calmadamente Pedro—. Eso no es un incendio.

—¿Y qué es? —preguntó la niña, contemplando asombrada el rojo espectáculo—, ¿Qué es?

—Bueno... cosas que pasan.

—¡Oh, que lástima! —dijo Heidi poco después—. Ahora todo se está poniendo gris... —Se sentó, triste, como si nunca más pudiera volver a ver aquello.

—Mañana volverás a ver lo mismo —aseguró Pedro—. Bien, es hora de que bajemos.

Silbó para reunir a las cabras e iniciar el descenso.

Como todas las tardes, el abuelo estaba sentado bajo los abetos esperando el regreso de sus cabras. La niña corrió a abrazarle. Pedro se despidió:

—Buenas noches, Heidi. Te espero mañana.

Ella le dio las buenas noches y le prometió que le acompañaría al día siguiente. Luego abrazó el cuello de “Copo de Nieve”:

—Que duermas bien, “Copo de Nieve”. Acuérdate de que mañana te consolaré otra vez.

La cabrita le miró confiada y después siguió a las otras cabras.

Heidi regresó donde el abuelo.

—No sabes qué bonito estaba arriba —contó—. Todo color fuego: las flores y la nieve. Mira lo que te traje.

Abrió su delantal. Pero las flores se habían marchitado y se veían feísimas.

—¿Qué les ha pasado, abuelo? —dijo apenada—. Así no estaban cuando las corté para ti.

—Es que a las flores no les gusta separarse de su tallo —explicó el anciano.

—Entonces nunca más volveré a cortar una. Dime, abuelo, ¿por qué chilla así el halcón?

—Primero a lavarte y yo a ordeñar las cabras —repuso el viejo—. Y mientras comemos te explicaré lo del halcón.

Apenas se sentaron a la mesa. Heidi repitió su pregunta.

—Al halcón no le gusta la gente que vive en los pueblos y que pasa peleándose —explicó el anciano—. Y se dice: “Si cada cual solo se ocupara de lo suyo, como yo lo hago, todo andaría mucho mejor”.

El abuelo habló con tanto enojo, que sus palabras le recordaron a Heidi los graznidos del halcón.

—¿Así es que lo has pasado bien? —dijo ya con voz suave a la niña.

—¡Estupendo, estupendo! —exclamó Heidi. Y le contó las maravillas que había visto—. Pero el incendio de la tarde —terminó— fue lo más lindo de todo. Según Pedro, no era un incendio. Pero no supo decirme qué era. Tú podrás explicármelo, ¿no es cierto?

—Es la manera en que el sol se despide de las montañas —explicó el anciano—. Así ellas no le olvidan hasta que aparece de nuevo al otro día.

A Heidi le encantó la explicación. Deseaba ardientemente que ya hubiera pasado otro día para ver cómo el sol se despediría nuevamente de las montañas. Y esa noche se durmió feliz, soñando con los picachos y las flores, y con “Copo de Nieve” brincando a su alrededor.

4

Visita a la abuela de Pedro

Heidi pasó el verano subiendo diariamente a la montaña en compañía de Pedro y su rebaño. Con la piel bronceada, se la veía llena de salud y de felicidad. Pero llegó el otoño y con él las tormentas de viento.

—Hoy no saldrás —le dijo el abuelo una mañana—. Hay mucho viento y eres muy liviana; puedes desbarrancarte.

Pedro se había acostumbrado a la compañía de Heidi, así como al queso y al pan que compartían. Si la niña faltaba, la echaba de menos, igual cosa ocurría con las cabras, las cuales se ponían difíciles si ella no estaba.

Heidi, en cambio, era feliz donde estuviera. Aunque le encantaba subir a la montaña, también gozaba acompañando a su abuelo. Nada le gustaba

más que verle hacer queso de cabra. El viejo sumergía los brazos en un gran recipiente lleno de leche, batía y amasaba, hasta obtener los exquisitos quesos. También le atraía a la niña el silbido del viento entre las ramas de los abetos. Así es que a veces se instalaba bajo ellos, oyendo el crujir de las ramas y viendo su frenético balanceo.

El frío llegó de golpe. Pedro aparecía ahora echándose el aliento en las manos para calentárselas. Una mañana amaneció todo nevado y Pedro no vino con las cabras. Heidi miraba por la ventana cómo caían los copos de nieve, cada vez más espesos, hasta que se hizo imposible salir de la cabaña. A la mañana siguiente, el abuelo tuvo que sacar con pala la nieve que cubría la casa hasta la altura de las ventanas. Y aquella tarde, cuando Heidi y él se calentaban ante el fuego, oyeron un fuerte golpe en la puerta. Luego apareció Pedro, limpiándose de nieve las botas. Había logrado abrirse camino a través de la nieve, hasta llegar valientemente a la cabaña.

—Buenas tardes —saludó.

Y a grandes pasos se acercó al fuego. Permanecía callado, mirándoles cariñosamente, feliz de estar con ambos. Heidi miraba boquiabierta cómo se

deshacía la nieve de sus ropas y formaba charquitos en el suelo.

—¿Qué tal, capitán? —dijo el abuelo—. Cuéntame cómo te va ahora que has tenido que dejar el ejército y has empezado a chupar el lápiz.

—¿Chupar el lápiz? —preguntó Heidi.

—Sí. En el invierno, Pedro tiene que aprender a leer y a escribir en la escuela. Lo que no es fácil, como sabes; por lo que chupar el lápiz ayuda... ¿no es cierto, capitán?

—Sí... sí —asintió Pedro.

Heidi quería saber todo lo que Pedro hacía en la escuela. Pero a Pedro no le era fácil expresar sus pensamientos, y mucho menos contestar tantas preguntas a la vez. El abuelo sonreía al oír la pintoresca conversación.

—Bien, capitán —dijo cuando les oyó callar—. Has gastado tantas energías, que ahora deberás reponerlas.

Calentó la comida mientras Heidi acercaba las sillas a la mesa. Ahora la cabaña tenía muchas más cosas que cuando la niña había llegado. El viejo había hecho un banco adosado a la pared y un asiento para dos personas, pues a Heidi le gustaba estar pegada a él. El anciano cortó charqui y lo repartió

con rebanadas de pan. Hacía tiempo que Pedro no comía tan bien. En cuanto terminaron. Pedro quiso partir, porque ya oscurecía.

—Adiós y muchas gracias —dijo—. Volveré el próximo domingo. Mi abuela dice que le encantaría verte, Heidi.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Heidi fue pedir al abuelo que visitaran a la abuela de Pedro.

—Debe estar esperándonos —aseguró.

El viejo trató de disuadirla:

—La nieve está muy alta.

Pero como a Heidi se le había metido en la cabeza conocer la casa de Pedro, aprovechó que unos días después la nieve se heló, para insistir:

—Ahora que no nos enterraremos en la nieve, debemos visitar a la abuela de Pedro. Si no, creerá que no quiero conocerla.

El abuelo subió al pajar y regresó con el saco que cubría la cama de Heidi.

—Bien, vamos —dijo.

Afuera, la nieve relucía bajo el sol. Heidi no había visto nunca nada tan hermoso.

—¡Mira, abuelo! —gritó—. Los árboles parecen de cristal.

Desde el cobertizo, el anciano había sacado un gran trineo. Se lo guiaba con una especie de timón. El viejo sentó a Heidi en sus rodillas, la abrigó bien con el saco, asió el timón y empujó el trineo con ambos pies. El descenso fue tan rápido, que Heidi sentía que volaba. Gritaba de alegría. No se detuvieron hasta llegar a la cabaña de Pedro.

—Ya puedes bajarte —dijo el abuelo, quitándole el saco—. Pero tienes que volver antes de que anochezca.

Y comenzó el regreso arrastrando el trineo montaña arriba.

Heidi entró por una puerta que daba a una pequeña cocina, a la que seguía otra habitación de techo bajo. Comparada con la del abuelo, esta casa parecía una choza. Una mujer zorcía una chaqueta —que Heidi reconoció como de Pedro—, y otra mujer, vieja y agachada, hilaba en un rincón. Heidi se dirigió inmediatamente a ella.

—Buenos días, abuela Grannie —saludó—. Ya estoy aquí. Debes haber pensado que no vendría nunca.

La anciana tentó el aire buscando la mano de Heidi. Cuando dio con ella, la apretó:

—¿No eres Heidi? ¿La nieta del viejo de los Alpes?

—Sí. Mi abuelo me trajo en su trineo.

—Tienes caliente la mano. Brígida, ¿será posible que la haya traído el viejo de los Alpes?

La madre de Pedro dejó su zurcido y se acercó a la niña.

—No lo creo, madre. Debe estar equivocada.

—No me equivoco —reclamó Heidi con firmeza—. Mi abuelo me abrigó con mi frazada y me trajo hasta acá.

—Bien, bien —dijo la abuela—. Puede ser cierto lo que Pedro nos ha contado del viejo de los Alpes. Le creíamos una mala persona. ¿Quién iba a pensar que la niña aguantara tres semanas allá arriba? Brígida, dime cómo es.

—Delgada, como su madre cuando joven. Tiene ojos negros y pelo crespo, como Tobías y el abuelo. Se parece mucho a los dos.

Mientras ambas hablaban, Heidi no perdía detalle de lo que había a su alrededor.

—Abuela Grannie —dijo—. Ese postigo se está cayendo. El abuelo te lo arreglaría en un rato.

—No puedo verlo, niña; pero sé que está suelto, porque se golpea cuando sopla viento. Por lo demás, la casa entera se está cayendo de a poco. Me da miedo

que un día se nos caiga encima. ¿Pero qué podemos hacer? Pedro no sabe carpintería.

—Ese postigo es fácil de arreglar, abuela. Míralo.

—Aunque lo mire, no lo veré, hijita.

—¿Y si abro todos los postigos para que entre más luz?

—Tampoco, niña. Para mí es igual que esté oscuro o haya luz —explicó la abuela.

Heidi apretó la mano de la anciana, apenada por el hecho de que fuera ciega. Preguntó:

—¿Nunca podrás ver, abuela? ¿Ni al sol despidiéndose de las montañas y enrojeciéndolas como en un incendio?

—Nunca podré ver las montañas.

Heidi se puso a llorar.

—¿Nadie te puede mejorar? —gimió—. ¿Nadie?

La anciana trató de calmarla. Heidi lloraba pocas veces, pero cuando lo hacía costaba mucho consolarla.

—Escúchame, mi amor —dijo la abuela—. Yo no puedo ver pero oigo. Y cuando una está ciega, es muy agradable oír una voz amiga; y a tu voz ya la siento amiga. Siéntate a mi lado y cuéntame cómo

lo pasas allá arriba. Yo conocí mucho a tu abuelo, pero hace años que nada sé de él.

Heidi dejó de llorar.

—Cuando le hable de ti al abuelo —dijo—, él se las arreglará para que veas y para que esta casa no se caiga. Él sabe hacerlo todo.

La anciana la dejó hablar. Heidi le contó qué hacían cada día. Cómo su abuelo fabricaba banquitos y pesebres, y una bañera de madera, y un cubo para la leche... y hasta cucharas.

—Me encantaría saber tallar la madera —concluyó Heidi.

—¿Oíste, Brígida? —preguntó la anciana a su hija—. ¿Qué te parece lo que hace el viejo de los Alpes?

De repente se abrió la puerta y entró Pedro. Pareció sorprendido al ver a Heidi; después le sonrió.

—¿Vienes de la escuela? —preguntó la abuela—. Hacía años que no se me pasaba el tiempo tan rápido. ¿Estás leyendo mejor, Pedro?

—Igual.

—¡Malo! —comentó la anciana—. Esperaba oír algo más esperanzador. En febrero cumplirás doce años.

—¿Qué esperabas que te dijera? —preguntó Heidi.

—Que ya podía leer un poco. Tengo un librito con unos cánticos religiosos muy bonitos. Me gustaría que Pedro pudiera leérmelos algún día.

Brígida había continuado zurciendo; de pronto se puso en pie:

—Voy a encender la lámpara —dijo—. No me había dado cuenta de que está oscureciendo.

Heidi saltó de su asiento.

—Entonces debo irme —dijo—. Adiós, abuela.

Cuando se despedía de los demás, la anciana la llamó:

—Espera, Heidi. No dejaré que te vayas sola. Pedro te acompañará. Pero nada de ponerse a jugar con la nieve y agarrar una pulmonía —advirtió.

Cuando los niños habían recorrido algunos metros vieron que el viejo de los Alpes venía a su encuentro.

—Muy bien, Heidi —dijo el abuelo—. Has partido a la hora que te pedí.

Envolvió a la niña en el saco, la tomó en brazos y empezó el ascenso de vuelta.

Desde la puerta de la cabaña. Brígida había presenciado todo; corrió a contárselo a su madre.

—La niña está bien, gracias a Dios —dijo ésta—. Espero que el viejo de los Alpes la deje volver a

verme. Su visita me ha levantado el ánimo. ¡Qué buena y agradable es!

Entre tanto, y mientras subían, Heidi hablaba al abuelo. Pero iba tan abrigada, que éste apenas le oía.

—Ya me contarás todo cuando lleguemos.

Una vez en la cabaña, Heidi no pudo retenerse más:

—Mañana bajaremos a la casa de Pedro con tu martillo, abuelo. Tienes que arreglar un postigo y varias cosas. La casa se está cayendo.

—¿Así es que yo la repararé, eh? ¿Quién te autorizó a ofrecer mis servicios?

—Nadie. Pero sé que lo harás. Las puertas y los postigos cierran mal y crujen horriblemente. La abuela se muere de miedo de que la casa se les caiga encima. La pobrecita no ve y yo sé que tú puedes curarla. No me dirás que no, abuelo, ¿no es cierto?

Se había colgado del viejo y le miraba confiadamente. Éste la miró a los ojos y asintió.

—De acuerdo. Mañana les arreglaremos las puertas y las ventanas.

Feliz, Heidi se puso a dar vueltas en torno a la mesa.

—¡Mañana! —gritaba—. ¡Mañana lo haremos!

Al día siguiente, el abuelo cogió el trineo y dejó a Heidi en la puerta de la cabaña de Pedro.



—Pero vuelves apenas empiece a oscurecer —dijo. Y desapareció tras uno de los muros de la casa, dejando allí el trineo.

Apenas sintió a Heidi, la ciega detuvo la rueca y alargó ambos brazos. La niña acercó un pisito y se sentó a su lado, comenzando en seguida a hablar. De pronto se oyeron fuertes golpes en una de las paredes. La anciana se sobresaltó.

—Es la casa, que se viene abajo —exclamó aterrada. Heidi la sujetó de un brazo.

—No tengas miedo, abuela —dijo—. Es mi abuelo, que te está arreglando la casa.

—¿Oyes, Brígida? Dios se ha acordado de nosotros. Cierto: son martillazos. Sal a ver. Y si es el viejo de los Alpes, pídele que entre para darle las gracias.

Brígida encontró al viejo cuando clavaba en una pared una cuña de madera.

—Buenos días —saludó—. Mi madre y yo le damos las gracias por lo que está haciendo. Quisiéramos que entre para que ella se lo agradezca. Nadie habría hecho tanto...

—¡Basta! —le interrumpió fieramente el viejo—. Sé muy bien lo que ustedes piensan de mí. Entra. Yo veré qué debe hacerse aquí.

Brígida se volvió y el anciano continuó martillando en una y otra parte. Más tarde subió al tejado para arreglar algunas filtraciones. Se le acabaron los clavos, pero ya empezaba a oscurecer. Y cuando fue en busca del trineo apareció Heidi. La abrigó con el saco y ambos iniciaron la vuelta arrastrando el trineo.

Paso a paso transcurrió el invierno. Diariamente, cuando Heidi se iba, la abuela de Pedro decía: “Qué rápida ha pasado la tarde. Si no me he dado ni cuenta”. Brígida asentía, añadiendo que tenía la impresión de haber levantado recién la mesa.

La anciana daba constantemente gracias a Dios. “Dios mío, cuida a la niña —pedía—: y mantén de buen humor al viejo de los Alpes”.

Heidi, por su parte, se encariñó enormemente con la abuela. Y cuando se convenció de que nadie podría devolverle la vista, sintió profunda tristeza. Pero como la anciana le insistía en que no le importaba ser ciega si ella la acompañaba, lo hacía cada vez que el tiempo era bueno. El viejo bajaba con martillo y madera, hasta el día en que la cabaña quedó completamente reparada.

Dos visitas sorprendidas

Terminaba ya el segundo invierno y Heidi esperaba con ansia que aparecieran las primeras flores primaverales. Muy luego podría subir a los pastizales, que era lo que más le gustaba. Tenía ya siete años y su abuelo le había enseñado muchas cosas. Sabía pastorear las cabras, y “Margarita” y “Morena” balaban de gusto cuando oían su voz.

Durante ese invierno, el maestro de la escuela de Dörfli había enviado dos mensajes con Pedro. Pedía al viejo de los Alpes que mandara a la escuela a Heidi. Pero ambas veces el anciano contestó que si el maestro quería hablarle, tendría que subir hasta su cabaña.

Cuando empezó el deshielo en las laderas, asomaron las primeras campanillas. Las ramas de los árboles, ya sin nieve, se mecían suavemente. Heidi pasaba el día entre la cabaña, los abetos y el corral.

Una mañana, al salir de la cabaña, se encontró con un hombre de edad, vestido pulcramente de negro.

—No te asustes —dijo el hombre, al ver la cara de ella—. Me encantan los niños. Tú debes ser Heidi. ¿No está tu abuelo?

—Está dentro, tallando unas cucharas —repuso Heidi, y le hizo entrar.

Era el cura de Dörfli, que había sido vecino del viejo.

—Buenos días, amigo —saludó, acercándosele.

El abuelo se puso en pie, molesto.

—Buenos días, señor cura. Si no le importan los asientos incómodos, tome éste —y le pasó una silla.

—Cuanto tiempo sin verle —dijo el cura.

—Igual cosa digo.

—He venido para hablarle de algo. Debe suponer de qué se trata.

Señaló a Heidi, que le observaba desde la puerta.

—Anda a darles un poco de agua a las cabras —dijo el abuelo—, y las acompaña hasta que vaya a buscarte.

La niña hizo lo que se le ordenaba.

—Esa criatura debería estar en la escuela —opinó el sacerdote— desde el invierno pasado. El maestro

se lo mandó a decir varias veces, pero usted no le hizo caso. ¿Qué piensa hacer con ella?

—No quiero que vaya a la escuela.

El cura le quedó mirando interrogativamente.

—¿Y qué va a ser de ella? —preguntó.

—Se criará con las cabras y los pájaros. Ellos no le enseñarán nada malo. Aprenderá a ser feliz.

—Es posible que no aprenda nada malo con tales compañeros. Pero no le enseñarán a leer ni a escribir. Le digo esto con toda buena voluntad, para que lo medite. La niña no podrá pasar otro invierno aquí, sin instrucción escolar; el próximo deberá ir a la escuela.

—No —repuso obstinadamente el viejo—. No lo hará.

—¿Así es que ningún argumento le convencerá? Usted ha vivido bastante; me extraña que no tenga sentido común.

—Lo tengo —dijo tercamente el viejo—. ¿Quiere que envíe a una niña pequeña, como Heidi, diariamente a la escuela, aunque nieve y relampaguee? ¿Cómo volvería en las noches, con ese viento que tumba hasta a los adultos? Acuérdesese, además, de los ataques que le daban a su madre. ¿Y si el esfuerzo se los provocara también a ella? —continuó, con voz

ya no tan segura—. Si me obligan a hacer lo que no quiero, recurriré a los tribunales.

—Algo de razón tiene —dijo conciliadoramente el sacerdote—. A Heidi no se la podría mandar a la escuela desde aquí. Pero como se ve que usted la quiere, creo que estaría dispuesto a volver a vivir en Dörfli. ¿No le parece que ya ha pasado demasiado tiempo solo en la montaña? No comprendo cómo puede resistir el invierno, y menos que lo haya hecho la niña.

—Heidi tiene el calor de su sangre joven —repuso el viejo—, una buena frazada y un buen fuego todo el invierno. Por motivo alguno volveré a vivir en el pueblo. Los aldeanos me detestan tal como yo los detesto a ellos

—Se equivoca —dijo el cura—. Ellos no le desprecian, como usted cree. Vamos, póngase en paz con el Señor, y ruegue que le perdone. Y después regrese a Dörfli, donde verá que la gente le recibe bien. —Se levantó y añadió, despidiéndose—: Prométame que el próximo invierno bajará a vivir con nosotros; y que se reconciliara con Dios y con los hombres.

—Su intención es buena —dijo el viejo, dándole la mano—, pero Heidi no irá a la escuela ni yo viviré en el pueblo. Y que no se toque más el tema.

—Que Dios se apiade de usted —murmuró el cura tomando el sendero de bajada.

El viejo quedó de pésimo humor. Se negó a visitar a la abuela de Pedro y no dijo palabra durante el día. Cuando a la mañana siguiente Heidi le preguntó si irían a ver a Grannie, contestó rudamente: “Ya lo pensaremos”.

Mientras lavaban los platos tuvieron una nueva sorpresa: apareció Dora. Llegó con un elegante sombrero y un hermoso vestido largo. El abuelo la quedó mirando en silencio, y fue Dora quien lo rompió:

—¡Qué saludable te ves, Heidi! —exclamó—. Qué bien la ha cuidado, tío. La verdad es que nunca pensé en dejarla dos años con usted. Pero no quise venir por ella hasta que no le hubiera encontrado un buen hogar. Y al fin se lo encontré. Es una oportunidad única. Se trata de unos amigos de la familia donde trabajo, que son dueños de una de las mejores casas de Frankfurt. La hijita del caballero es paralítica y quiere tener una amiguita que la acompañe. Una niña sana, que no esté mimada, una niña despierta y simpática. Yo pensé inmediatamente en Heidi. ¿No es un milagro? ¿Ha visto, tío, la suerte de Heidi?

Y si le toman cariño y a la paralítica le pasara algo, con lo delicada que es... a lo mejor...

—¿Terminaste ya? —interrumpió salvajemente el viejo.

Dora pareció contrariada:

—Parece que poco le importa el tema. Cualquiera se alegraría al oírme.

—Pues yo no soy cualquiera —gruñó el anciano—. Y tu cuento no me interesa.

—Tendrá que interesarle —dijo Dora, furiosa—. Heidi va a cumplir ocho años y todavía no sabe ni hacer palotes. En Dörfli me han dicho que usted no quiere que vaya a la escuela ni a la iglesia. Pero la niña es mi sobrina y yo prometí a mi hermana cuidarla. Así es que no dejaré que se salga con la suya. Todo el pueblo, además, está de mi lado. Y no se le ocurra llevar el asunto a los tribunales; saldrán a relucir cosas que a usted no le gustarán nada...

—¡Cállate! —bufó el viejo—. ¡Llévatela y échala a perder! ¡Pero no vuelvas a traérmela! ¡No soportaría que hablara como tú ni que llevara un sombrero como ese!

Y abandonó la cabaña echando fuego por los ojos.

—Has molestado a mi abuelo —dijo Heidi, inquieta.

—Pronto se le pasará —repuso Dora—. Anda, trae tus cosas.

—No quiero irme contigo.

—¡Basta de tonterías! —estalló Dora—. No puede imaginarte lo bien que lo pasarás —añadió, dulcificando la voz.

—Te dije que no iré contigo —insistió Heidi.

—¡Basta de estupideces! —estalló nuevamente Dora—. Te has puesto tan estúpida como tus cabras. Ya oíste al abuelo: no quiere volver a vernos a ninguna de las dos. Si te quedas, se enojará todavía mucho más. Ya verás lo preciosa que es Frankfurt. Y si no te gusta, te vuelves. Pero al abuelo se le habrá pasado la rabia para entonces.

—¿Podré regresar hoy mismo?

—Hoy no; hoy tenemos que viajar a Mayenfeld. Pero podrás volver otro día.

Dora cogió las cosas de Heidi, tomó a la niña de una mano, y comenzaron el descenso.

Aquel día, Pedro había ido a recoger leña en lugar de asistir a la escuela. Heidi le vio cuando cargaba algunas ramas.

—Voy a Frankfurt —le gritó Heidi—. Pero antes pasaré a ver a tu abuela.

—No, hoy no —dijo Dora con dureza—. La verás cuando regreses.

Pedro corrió hacia la cabaña.

—¡Se llevan a Heidi! —exclamó, entrando ruidosamente.

—¿Quién se la lleva? —preguntó atemorizada la anciana, aunque sospechaba la respuesta, pues su hija había visto pasar a Dora montaña arriba. Se acercó a tientas hasta la ventana y gritó:

—¡Dora, no te la lleves! ¡Déjala con nosotros, Dora!

—Es la voz de la abuela —dijo Heidi, tironeando la mano de su tía.

—Sigamos, es muy tarde. Si nos detenemos perdemos el tren —explicó Dora—. Desde Frankfurt podrás traerle un regalo a Grannie —añadió.

—¿Es cierto? ¿No me mientes? —Heidi se había calmado—. ¿Qué regalo podré traerle?

—Bueno... tal vez algo de comer. Pienso que le encantaría el pan fresco de la ciudad. No es duro, como el de aquí.

—¡Qué buena idea! He visto cuando le da a Pedro su pan, porque no puede morderlo. Apurémonos, Dora. A lo mejor alcanzamos a volver hoy con ese pan.

Echó a correr, arrastrando a Dora. Ésta pensó que así llegarían antes a Dörfli, donde seguramente iban a perder tiempo con las preguntas de los aldeanos.

Fue lo que ocurrió. Pero Dora contestaba a todos que tenía que alcanzar el tren, por lo que no podía detenerse.

En su cabaña, el viejo de los Alpes se puso más huraño que nunca. Cuando raramente bajaba a Dörfli para vender sus quesos, las aldeanas apartaban a sus hijos de su camino. Todos estaban de acuerdo en que le hubieran quitado a Heidi.

La abuela de Pedro, en cambio, le defendía. Cuando le traían lana para que la hilara, contaba lo bien que el viejo había tratado a Heidi y cómo le había arreglado la cabaña. Los aldeanos decían que solo una ciega podía pensar así.

Aunque el viejo de los Alpes no volvió a pisar la casa de Grannie, la cabaña resistía perfectamente la violencia del viento. Pero las tardes se le hacían largas a la anciana.

—¡Espero no morir sin haber oído de nuevo la voz de esa niña! —solía exclamar.

6

Una nueva vida

Clara era la única hija del señor Sesemann, el dueño de la casa de Frankfurt adonde fue conducida Heidi. Se trataba de una niña inválida, que pasaba el día en una silla de ruedas. Su madre había muerto y su padre contrató entonces como ama de llaves a la señorita Rottenmeier. Ésta era muy eficiente, pero tenía pésimo carácter. Y como el señor Sesemann hacía frecuentes viajes de negocios, el ama quedaba a cargo de Clara y de la casa.

La niña esperaba a Heidi en la biblioteca, una gran habitación donde recibía sus lecciones. Miraba ansiosamente el reloj de pared, que aquel día parecía andar muy despacio.

—¿No debería haber llegado ya, señorita Rottenmeier? —preguntó.

El ama cosía junto a una ventana. Como de costumbre, su aspecto era muy tieso y severo.

—¿No es hora de que haya llegado? —dijo nuevamente Clara.

Justamente en ese momento el coche que traía a Dora y a Heidi se detenía ante la casa. Dora preguntó a Hans, el cochero, si era posible ver a la señorita Rottenmeier.

—Eso no me corresponde a mí —repuso el cochero—. Tendrá que llamar a Sebastián.

Dora le llamó y apareció un mozo de levita.

—¿Puedo hablar con la señorita Rottenmeier? —preguntó de nuevo Dora.

—No es algo que me corresponda a mí —dijo Sebastián—. Toque ese timbre y acudirá la niña de mano.

Dora hizo lo que le habían dicho y apareció una joven de ojos vivos y una inmaculada cofia blanca.

—¿Qué necesita? —preguntó con aire de superioridad desde el primer peldaño de la escalera.

Dora repitió su pregunta; la criada desapareció y volvió diciendo:

—Pasen.

Dora y Heidi se quedaron respetuosamente en el umbral de la biblioteca. Heidi, nerviosa, asió la mano de Dora. La señorita Rottenmeier se puso solemnemente en pie y se acercó a la niña

que acompañaría a Clara. Al parecer, no le gustó el aspecto de Heidi; ésta vestía un viejo vestido de percala y miraba con curiosidad el raro turbante que lucía el ama de llaves.

—¿Cómo te llamas? —interrogó la señorita Rottenmeier, mientras estudiaba a la niña.

—Heidi —contestó ésta con voz segura.

—Ese no puede ser tu verdadero nombre. ¿Cuál es tu nombre de pila?

—No me acuerdo.

—¡Qué manera de contestar! —El ama se dirigió a Dora—: ¿Esta niña es tonta o insolente?

—Por favor, señora, déjeme hablar primero con ella —dijo Dora, dando un leve pellizco a Heidi—. La niña no es tonta ni insolente, sino que no está acostumbrada a tratar con extraños. Nunca había visto una casa como ésta. Pero le aseguro que aprenderá todo lo que se le enseñe, porque es una niña muy buena y muy lista. Discúlpela, por favor. Se llama Adelaida, como su madre, mi hermana que en paz descanse.

—Bien, bien. Ese es al menos un nombre cristiano. ¿Pero qué edad tiene? Yo pedí alguien de la edad de la señorita Clara para que estudiaran juntas y fueran

buenas amigas. La señorita Clara tiene doce años.

–La verdad, señora, es que no me acuerdo exactamente cuando nació. Pero debe andar por los diez años.

–Voy a cumplir ocho –puntualizó Heidi–. El abuelo me lo dijo.

Dora volvió a darle un pellizco, sin que Heidi supiera por qué.

–¡Todavía no cumple los ocho! –exclamó la señorita Rottenmeier, y enfrentando a Heidi preguntó–: ¿En qué libros has estudiado?

–En ninguno.

–¿Cómo? ¿Y cómo aprendiste a leer?

–No sé leer –dijo Heidi–. Pedro tampoco sabe.

–¡Dios mío! –gritó el ama de llaves–. ¿Y qué has estudiado entonces?

–Nada –dijo Heidi, tranquila.

La señorita Rottenmeier permaneció en silencio, desconcertada. Al fin dijo:

–¿En qué pensó, Dora, cuando me trajó a esta niña? No me sirve.

Dora decidió dar la batalla como fuera.

–Usted me dijo, señora, que necesitaba a una niña muy especial –argumentó–. Las niñas de la

edad de la señorita Clara son todas iguales. Heidi, en cambio, es muy distinta. Se la dejaré y volveré dentro de unos días. Verá lo bien que se las arregla.

Sin oír la respuesta, Dora hizo una venia y salió rápidamente. La señorita Rottenmeier la siguió; había que aclarar muchas cosas si esa niña se quedaba.

Heidi permanecía en su sitio. Desde su silla de ruedas, Clara lo había visto todo; llamó a Heidi.

–Díme, ¿cómo te gustaría que te llame: Heidi o Adelaida?

–Heidi –repuso la niña–. Todos me llaman Heidi.

–Es un nombre raro, pero te queda bien. Oye, ¿siempre has tenido el pelo tan corto y crespo?

–Sí, eso creo.

–¿Te gusta este lugar? –prosiguió Clara.

–No. Pero mañana volveré a casa y le llevaré pan fresco a la abuela.

–Que niña tan especial eres. Como no sabes leer, podremos pasarlo muy bien. Mi profesor, el señor Usher, me da lecciones todos los días, lo que es una lata. El mismo se aburre y se pone a bostezar. Y a la señorita Rottenmeier le pasa lo mismo, aunque ninguno de los dos lo confiesa. Estando tú, yo podré oír como te enseñan a leer. Será entretenido.

Heidi no pareció estar de acuerdo.

—Sí, tendrás que aprender a leer —dijo Clara—. El señor Usher tiene mucha paciencia. Pero aunque al principio le entiendas poco, no se lo digas, porque entonces te lo va a repetir todo una y mil veces. Cuando ya sepas algo, te gustará la lectura.

En aquel momento regresó la señorita Rottenmeier. Le había sido imposible alcanzar a Dora y no sabía qué hacer. Para desahogarse, decidió retar a Sebastián, que acababa de poner la mesa:

—¡Qué hace ahí parado como idiota! ¡Sirva el almuerzo cuanto antes!

En seguida llamó a la niña de mano.

—Pida que hagan la habitación de la señorita que acaba de llegar —ordenó secamente—. Aunque ya estaba hecha, hay que repasarla.

Cuando Sebastián se acercó a la silla de Clara para conducirla al comedor, vio que Heidi le observaba.

—¿Qué es lo que miras tanto? —refunfuó.

—Eres parecido a Pedro —repuso la niña.

La señorita Rottenmeier se sentó junto a Clara e indicó a Heidi que lo hiciera frente a aquella. La mesa era enorme y a Sebastián le sobraba espacio para servir a cada comensal. A Heidi se le iluminaron



los ojos cuando vio junto a su servilleta un blanco panecillo. Pero no lo cogió hasta que Sebastián le hubo servido el pescado: pensando, entonces, que podía confiarse en alguien que se parecía a Pedro, preguntó al mozo:

—¿Puedo cogerlo?

Sebastián asintió mirando de reojo a la señorita Rottenmeier. Y cuando vio que Heidi se guardaba el pan en el bolsillo, tuvo que contenerse para no reír. Estaba obligado a no hablar ni moverse hasta que ella se hubiera servido. La niña le dijo:

—¿También tengo que comer de eso?

Sebastián asintió nuevamente con la cabeza, esforzándose para contener la risa.

—Entonces échame un poco —dijo Heidi, levantando su plato.

—Deje ahí la bandeja y vuelva cuando le llame —ordenó con voz neutra la señorita Rottenmeier.

En cuanto salió Sebastián, el ama de casa se dirigió a Heidi:

—Está claro que debo empezar por el principio contigo, Adelaida. Mira: así es como hay que servirse. Y a Sebastián solo debes hablarle para darle alguna orden. Y ni a él a ningún sirviente debes dirigirte en tono

familiar. Cuando me hables a mí, me llamas “señora”. Con respecto a Clara, ella dirá como la llames.

—Clara, desde luego —dijo la inválida.

La señorita Rottenmeier explicó después cómo debía comportarse Heidi en cada caso: al levantarse, al acostarse, cuando entrara, saliera o cerrara las puertas... Heidi, que se había levantado a las cinco de la mañana, se quedó dormida en mitad de las instrucciones.

—Bueno, Adelaida, ¿me has entendido bien? —preguntó finalmente la señorita Rottenmeier.

—Heidi se quedó dormida —informó Clara, sonriendo.

—¡Increíble! —exclamó el ama, furiosa—. Y toco la campanilla con tal rabia, que Sebastián y la niña de mano aparecieron asustados. Pero Heidi no despertó y hubo que trasladarla dormida hasta su habitación.

7

El ama de llaves pasa un día terrible

Cuando a la mañana siguiente Heidi despertó, no sabía donde estaba. Su cama era muy alta y la habitación enorme. Había un sofá, dos sillones y cortinas en las ventanas. Cerca de una mesa redonda se veía un lavatorio con varios objetos que no conocía. De pronto se acordó de la señora alta y de las muchas instrucciones que había comenzado a darle.

Se vistió rápidamente y quiso apartar las cortinas de las ventanas para ver fuera. Pero estas eran tan pesadas, que no pudo correrlas y solo logró, por un resquicio, ver paredes y otras ventanas. En la cabaña del abuelo, apenas se levantaba salía a saludar a los abetos y a las flores, o a mirar si el sol brillaba sobre la nieve. Intentó nuevamente apartar las cortinas, sintiéndose enjaulada. Pero tuvo que darse por vencida.

Golpearon a la puerta y la niña de mano asomó la cabeza para decir que el desayuno estaba listo. Heidi no supo qué significaba aquello. Y como la niña de mano había desaparecido, permaneció donde estaba. Pronto apareció la señorita Rottenmeier.

—¿Qué no has oído, Adelaida? —dijo, dura y tiesa como la víspera—. ¡Ven inmediatamente!

Heidi la siguió hasta el comedor, donde Clara la esperaba desde hacía rato. Parecía muy contenta.

Terminado el desayuno. Clara fue llevada a la biblioteca en su silla de ruedas; a Heidi se le ordenó que la acompañara hasta la llegada del señor Usher.

—¿Cómo puedo mirar por las ventanas? —preguntó Heidi apenas ambas niñas quedaron solas.

Clara sonrió:

—Primero tienes que correr las cortinas.

—Es que no se corren.

—Sí, sí se corren. Pero ni tú ni yo podemos hacerlo. Tienes que ordenárselo a Sebastián.

Heidi se sintió aliviada. Clara empezó entonces a preguntarle cómo era su vida, y ambas niñas se entregaron a una alegre conversación sobre montañas, cabras y todo aquello que a Heidi le encantaba.

Cuando llegó el profesor, la señorita Rottenmeier le condujo al comedor. Necesitaba explicarle la horrible situación en que estaba.

—Fui yo —empezó— quien dijo al señor Sesemann que Clara necesitaba una compañera de su edad. Ella lo quería, y yo, por mi parte, pensé que estudiaría mejor en competencia con una amiga. Esto me aliviaría, además, el trabajo de tener que entretenerla el día entero, cosa nada fácil, como usted comprende. Su padre estuvo de acuerdo; pero pidió que la otra niña fuese tratada tal como su hija. No quería niñas tiranizadas, dijo. No había para que decirlo, porque ¿quién iba aquí a tiranizar a una niña?

Continuó luego contándole la aparición de Heidi y por que ésta no iba a servirle.

—No sabe siquiera el alfabeto —añadió— y no tiene la menor idea de cómo tratar a la gente. La única salida es que usted atestigüe que si enseña a las dos niñas juntas, Clara se quedará atrás. Esto convencerá al señor Sesemann de que debe devolver esa niña a Suiza.

El profesor era un hombre sereno, al que no gustaban las precipitaciones. Opinó que la niña podía estar atrasada en algunas cosas, pero adelantada en otras. Una enseñanza metódica restablecería el equilibrio.

Viendo que no lo tendría de su parte, la señorita Rottenmeier llevó al profesor hasta la biblioteca, y se quedó paseando inquieta por el comedor. Pensaba cómo debería hacer que los criados trataran a Heidi, pues debía cumplir las instrucciones del señor Sesemann. De súbito oyó un estruendo en la biblioteca y que alguien llamaba a Sebastián. Corrió hasta allí y vio que el suelo estaba sembrado de libros; sobre la alfombra corría un hilillo de tinta.

—¡Santo Cielo! —exclamó desamparada—. Nunca había pasado esto. ¿Dónde está Heidi? ¡Porque tiene que haber sido esa niña...!

El señor Usher miraba asombrado el suelo. Clara parecía estar gozando. Dijo:

—Sí, fue Heidi... Pero lo hizo sin querer. Sintió el ruido de unos coches en la calle y salió como loca a verlos. Al pasar enganchó el cobertor de la mesa y se vino todo al suelo. Estoy segura de que nunca había visto un coche.

—¿No le dije, señor Usher? Esta niña no tiene remedio. ¿Y dónde está ahora? Seguramente ha salido a la calle. ¿Qué diría el señor Sesemann?

Bajó la escalera corriendo. Heidi se hallaba en la puerta mirando boquiabierta la calle.

—¡Dios mío! —farfulló la señorita Rottenmeier—. ¿Cómo te has atrevido a dejar así la clase?

—Oí el viento en los abetos —explicó Heidi—. Pero no veo abetos ni tampoco ya oigo al viento.

Había confundido el chirrido de unos coches con el silbido del viento.

—¿Abetos? ¿Te imaginas que Frankfurt está en medio de un bosque? Acompáñame a ver lo que has hecho.

Heidi quedó asombrada al darse cuenta del desastre que había ocasionado al salir tan precipitadamente.

—Nunca más te pares durante las lecciones —ordenó la señorita Rottenmeier—. De lo contrario, te amarraré a tu silla, ¿entendido?

—Sí, comprendido —balbuceó Heidi, aturdida aún por la desaparición del viento que amaba.

Clara descansaba después de las lecciones y el ama de llaves autorizó a Heidi para que hiciera lo que quisiese durante ese rato. Así es que cuando después de almuerzo Clara se fue a dormir siesta, y la señorita Rottenmeier se encerró en su habitación, Heidi pensó que había llegado el momento de hablar con Sebastián.

—Quiero pedirte algo —le dijo cuando le encontró, sin saber si al hablarle así estaba cumpliendo las instrucciones del ama.

–¿Qué desea, señorita? –preguntó el mozo, molesto.

–Mi nombre no es señorita. Me llamo Heidi.

–La señorita Rottenmeier nos ha ordenado que la llamemos así.

–Bueno, si ella lo ha dicho... –la niña vaciló; las órdenes de aquella señora había que cumplirlas como fuera—. Significa que tengo tres nombres –añadió, sumisa.

–¿Qué es lo que quiere, señorita? –repitió Sebastián, entrando con una bandeja al comedor.

–¿Puedes correrme las cortinas de una ventana, Sebastián?

–Desde luego, señorita.

El sirviente abrió las pesadas cortinas de un gran ventanal. Tras una rápida ojeada a través de los vidrios, Heidi dijo casi llorosa:

–Solo veo calles y más calles. ¿Y si miro por las ventanas del otro lado de la casa?

–Verá prácticamente lo mismo.

Heidi no podía imaginarse todavía cómo era una ciudad, y menos aún lo lejos que estaba de sus pastizales y montañas.

–¿Desde dónde podría ver el valle?

–Desde algún sitio alto. Desde la torre de esa iglesia,

creo –repuso el mozo, mostrándosela—. Seguramente desde ella se puede ver muy lejos.

Heidi corrió escaleras abajo y salió de la casa. Pero la torre no estaba detrás de la casa de enfrente como le pareció desde la ventana. Continuó entonces calle abajo y dobló una esquina. Tropezaba con diversas personas, pero todas iban tan apuradas, que no se atrevió a preguntarles. De pronto vio a un niño que llevaba una flauta y en la otra mano, una tortuga. Lo detuvo:

–¿Dónde está la torre?

–No sé.

–¿Quién podrá saberlo?

–Tampoco lo sé.

–¿Sabes si hay alguna iglesia por aquí?

–Sí.

–Pues dime dónde está.

–¿Qué me darás a cambio? –El niño tendió la mano.

Heidi sacó del bolsillo un sello de correo que Clara le había regalado esa mañana. Lo miró con pena, pero decidió que le importaba menos que ver el valle.

–¿Te gusta? –le dijo, tendiéndoselo.

El niño movió negativamente la cabeza.

–¿Qué te doy entonces? –preguntó Heidi, contenta porque el sello le gustaba.

–Dinero.

–Yo no tengo dinero, pero Clara sí y te lo dará –aseguró Heidi–. ¿Cuánto quieres?

–Un marco.

–Vamos. De acuerdo.

Cuando echaron a andar, Heidi preguntó:

–¿Qué es eso que llevas en la mano?

–Una flauta. La soplas y oyes música. Bueno, es aquí.

Estaban ante una vieja iglesia coronada por un altísimo campanario.

–¿Cómo entro? –preguntó la niña–. Las puertas están cerradas.

–No lo sé.

De pronto Heidi vio una campanilla en el muro. La tocó sin soltarla, hasta que la puerta se abrió con un crujido. El viejo que apareció se veía furioso.

–¡Qué manera de tocar! –gruñó–. ¿Qué quieren?

–Yo quiero subir a la torre –dijo Heidi.

–¿Tú? –preguntó el viejo campanero–. ¿Y qué quieres hacer allá arriba?

–Mirar el valle.

–Vamos, no estoy para bromas –refunfuñó el viejo–. ¡Lárgate!

Pero Heidi le cogió una manga:

–Por favor, déjeme mirar; aunque solo sea un minuto.

El campanero la miró con curiosidad.

–Bueno –gruñó–, si para ti es tan importante... Sígueme.

El niño de la flauta se sentó en el umbral de la puerta. Heidi subió tras el campanero, por una escalera cada vez más angosta. Cuando llegaron al campanario, el viejo la levantó hasta uno de los miradores.

–Bien, ahora puedes mirar adonde quieras –dijo.

Llena de tristeza, Heidi divisó un mar de tejados, chimeneas y torres.

–No es lo que quería –musitó.

–Pues es una linda vista. ¿Qué sabe de paisaje una niña tan pequeña? Anda, bajemos ya. Y no vuelvas a colgarte de los timbres de las torres.

Al llegar a un rellano de la escalera, Heidi vio, en una cavidad del muro, a una enorme gata. La niña quiso acercársele, pero el animal la detuvo con un maullido amenazador.

—Tiene gatitos —explicó el campanero—. Ven y te los muestro. La gata no te hará nada si estás conmigo.

—¡Qué preciosos! —exclamó Heidi mirando cómo se subían unos en otros seis o siete gatitos.

—¿Quieres llevarte uno? —preguntó el viejo, complacido.

—¿Para siempre? —musitó Heidi, sin creer lo que oía.

—Pues sí. Y si te gustan, puedes llevarte más de uno. O todos los que quieras, si tienes espacio suficiente —añadió el campanero viendo la posibilidad de librarse de los animalitos.

Heidi pensó que en la enorme casa de los Sese-mann sobraba espacio y que a Clara le encantaría tenerlos.

—¿Pero cómo me los llevo? —preguntó Heidi—. Son muchos.

—Dame tu dirección y yo te los llevaré —ofreció el viejo.

—Vivo en casa del señor Sesemann —dijo la niña—. Una casa que tiene en la puerta una cabeza de león como campanilla.

El campanero vivía años en el barrio, así es que supo inmediatamente de qué casa se trataba. Conocía, incluso, a Sebastián.

—Ubico perfectamente la casa —dijo—. ¿Pero por quién pregunto? Tú no eres de la familia.

—No, yo no. Pero Clara estará feliz con los gatitos. ¿Me puedo llevar dos ahora?

El viejo llamó a la gata y la llevó hasta su cuarto, donde le puso un plato de leche.

—Ya puedes llevártelos —aseguró.

Con el corazón palpitante, Heidi eligió dos gatitos y metió uno en cada bolsillo de su vestido. El niño de la flauta continuaba esperándola.

—Bueno, ¿por dónde vuelvo ahora a la casa del señor Sesemann? —le preguntó Heidi apenas el campanero cerró la puerta.

—No sé.

Ella le explicó cómo era la casa, pero el niño solo movió la cabeza.

—Mira. Frente a la casa hay una con dos balcones y un techo muy alto...

El niño pareció despertar.

—Un marco —dijo—. Te llevo por otro marco.

Heidi asintió, y no bien hubo llamado a la gran puerta apareció Sebastián.

—¡Rápido! ¡Entre en seguida! —gritó apenas la vio. Y cerró la puerta ante el niño, que le miraba boquiabierto.

—Ya están todos en la mesa, señorita —la apuró Sebastián—. La señorita Rottenmeier se la va a comer. ¿Por qué se le ocurrió escaparse de la casa?

En el comedor no se oía volar una mosca. El ama de llaves no abrió la boca mientras Sebastián acomodaba a Heidi. Clara también callaba.

—Hablaremos más tarde. Adelaida —dijo de pronto la señorita Rottenmeier, con un tono de voz falsamente tranquilo—. Solo te adelanto que lo que has hecho no tiene nombre. Nunca he conocido a una niña como tú.

Se oyó un suave maullido, que parecía venir de Heidi.

—¿Cómo te atreves a burlarte de mí? —barbotó la señorita Rottenmeier, roja de ira.

—No soy yo... —empezó a explicar Heidi, pero le interrumpieron dos maullidos.

Sebastián optó por abandonar a escape el comedor.

—¡Basta! —gritó el ama de llaves. La rabia le ahogó y solo pudo susurrar—: Déjanos solas.

Heidi se levantó realmente atemorizada. Quiso decir algo, pero los gatitos volvieron a interrumpirla:

—¡Miau, miau!

—No sigas, Heidi —pidió Clara—. Vas a matar a la señorita Rottenmeier.



—Pero Clara, si yo no soy... Son los gatitos.

—¿Gatos? ¿Gatos aquí? —chilló la señorita Rottenmeier—. ¡Erika! ¡Sebastián! ¡Saquen de aquí a esos espantosos animales!

Y corrió hacia la biblioteca, donde se encerró.

Sebastián había logrado serenarse y entró nuevamente en el comedor. Clara acariciaba a uno de los gatitos y Heidi corría tras el otro.

—Sebastián, tienes que ayudarnos —rogó Clara—. Hay que encontrar un lugar donde esconderlos, y donde podamos jugar a veces con ellos. ¿Dónde podría ser?

—No se preocupe, señorita Clara —prometió el mozo—. Yo los pondré donde no molesten a la vieja.

Cogió a los dos gatitos y desapareció.

—¿Se llevaron ya a esos espantosos animales? —gritó la señorita Rottenmeier, abriendo apenas la puerta de la biblioteca.

Tenía que pensar cómo iba a castigar a Heidi por el horrible día que había pasado. Pero estaba tan nerviosa y agotada, que decidió pensarlo a la mañana siguiente.

8

Otro día espantoso

Al día siguiente, mientras las niñas estaban recibiendo sus lecciones, el timbre de la puerta de calle empezó a sonar en tal forma, que Sebastián corrió escaleras abajo pensando que era el señor Sesemann. Pero cuando abrió vio a un muchacho pobremente vestido, con una flauta en la mano.

—¿Qué es esto? —explotó Sebastián—. ¿Cómo te atreves a tocar así?

—Quiero ver a Clara.

—¿Qué te imaginas, caradura? ¿Que no eres capaz de decir “señorita Clara”? ¿Y para qué la necesitas?

—Me debe cuatro marcos —dijo el niño.

—¿Cómo? ¿De dónde has sacado que hay aquí una señorita Clara?

—Ayer le mostré una iglesia por dos marcos y después la acompañé hasta aquí por otros dos marcos.

—¡Mientes! La señorita Clara no puede andar. ¡Lárgate o te echaré a patadas!

–Le diré como es –insistió el niño–. Es bajita, tiene el pelo crespo, ojos azules, y viste de verde.

“Ese diablillo, de nuevo”, pensó Sebastián. “¿Qué barbaridad habrá hecho?”.

–Bueno –dijo al niño–, acompáñame. –Le guió hasta la puerta de la biblioteca y añadió–: Cuando te diga que pases, entras tocando la flauta. A la señorita Clara le alegrará oírte.

Sebastián entró en la biblioteca:

–Un niño quiere hablar personalmente con usted, señorita Clara –anunció.

Clara pareció extrañada.

–Que pase –dijo–. No le importa señor Usher, ¿cierto?

Pero el niño ya había entrado tocando la flauta. Desde el comedor, la señorita Rottenmeier aguzó el oído. ¿De dónde venía ese ruido? ¿Desde la biblioteca...? ¡No, no podía ser! Corrió hacia ella y vio que un muchachuelo harapiento tocaba entusiasmado una flauta. El profesor parecía querer detenerle con un gesto, mientras Clara y Heidi escuchaban felices.

–¡Basta, basta! –gritó el ama de llaves, lanzándose hacia el niño.

Pero al hacerlo tropezó con algo. Cuál no sería su espanto al ver que era una tortuga. Dando un gran salto, empezó a llamar a gritos a Sebastián.

El mozo encontró a la señorita Rottenmeier trepada en una silla. Apenas pudo contener la risa.

–¡Llévate inmediatamente a ese mendigo y a su horrible animal! –aulló el ama.

Sebastián acompañó al pequeño flautista hasta la puerta y le puso unas monedas en la mano:

–Toma. Aquí tienes los cuatro marcos, y uno más por tocar tan bien.

Cuando se restableció la calma en la biblioteca, la señorita Rottenmeier permaneció en ella decidida a que nada volviera a interrumpir las lecciones. Averiguaría seriamente quién había sido el culpable de los últimos hechos y lo castigaría sin misericordia. En ese momento entró Sebastián y dijo que habían traído un canasto para la señorita Clara.

–¿Para mí? –preguntó la niña, sorprendida–. Tráemelo, por favor.

El mozo regresó con un gran canasto, lo puso ante la silla de Clara, y salió rápidamente.

–Primero terminas tu lección –ordenó la señorita Rottenmeier– y después lo abres.

Clara esperó un descanso y preguntó al profesor si podía echar una ojeada al canasto.

—Bueno, desde el punto de vista de que se relaje... —empezó el profesor, rebuscadamente.

Pero ya la biblioteca se había llenado de gatitos. La tapa del canasto no estaba bien apretada, por lo que aquellos la habían abierto, desparramándose por la habitación.

—¡Míralos, Heidi! —exclamó Clara—. ¡Qué lindo como saltan por todas partes!

Heidi iba de uno a otro, sin saber cuál agarrar. El profesor intentaba librarse de uno que estaba clavado en sus pantalones. La señorita Rottenmeier, recupe-rando la voz, comenzó a llamar a gritos a Erika y a Sebastián. No se atrevía a moverse para no llamar la atención de los horribles animalitos. Finalmente llegaron los sirvientes, y Sebastián se llevó los gatitos al altillo, donde había refugiado a los dos anteriores.

Más tarde, el ama de llaves hizo venir a Sebastián y a Erika para indagar cómo había sucedido todo aquello. Ni qué decir que todo se debía a la escapada de Heidi. La señorita Rottenmeier despidió a los sirvientes y se dirigió a Heidi, que se hallaba junto a la silla de Clara.

—Adelaida —dijo, masticando las palabras—, no sé realmente qué castigo puedo dar a una niña tan rústica como tú. Tal vez unas horas en el sótano, junto a los murciélagos, te quitarían esas ideas de la cabeza.

Heidi no sabía qué decir. No comprendía qué había hecho de malo. Clara protestó:

—¡No, por favor, señorita Rottenmeier! Espere a papá. Falta poco para que vuelva. Yo le contaré todo y que él vea qué se puede hacer con Heidi.

El ama de llaves tenía orden de no contrariar a Clara, así es que repuso con voz severa:

—De acuerdo, Clara. Pero también yo se lo contaré a tu padre.

Dicho lo cual salió muy tiesa de la biblioteca.

A veces, durante la tarde, Heidi hablaba a Clara de su vida en la cabaña. Esto la entristecía y terminaba diciendo que quería regresar allá inmediatamente. Clara la consolaba diciéndole que esperara el regreso de su padre, quien haría lo más conveniente. Heidi aceptaba el consuelo pensando que cada día allí le permitía guardar dos pancitos para la abuela. Tenía ya escondidos una buena cantidad.

Una tarde, en que la nostalgia la abrumaba más que de costumbre, Heidi envolvió los panecillos en

su gran pañuelo rojo, se puso su sombrerito de paja y empezó a bajar las escaleras. Cuando iba llegando a la puerta, esta se abrió y apareció la señorita Rottenmeier. El ama la miró boquiabierta y cogió el envoltorio que llevaba la niña.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Y por qué vas vestida como una mendiga? ¿Que no te he prohibido que salgas a la calle sin mi permiso?

—No iba a la calle —musitó Heidi, atemorizada—. Iba a mi casa, a ver al abuelo y a la abuela.

—¿A tu casa? —la señorita Rottenmeier se tomó la cabeza a dos manos—. ¿Pensabas dejarnos así, sin más? Espero que el señor Sesemann nunca sepa esto. ¿Por qué no te gusta esta casa? ¿Habías vivido alguna vez tan bien? Vamos, contesta.

—No —dijo Heidi.

—Aquí no te falta nada. Eres una niña desagradecida. Heidi no pudo contener las lágrimas.

—Quiero volver, porque “Copo de Nieve” debe estar llorando —gimoteó— y la abuela me echa de menos. Aquí no veo al sol cuando se despide de las montañas, ni oigo gritar al halcón...

—¡Cielos, esta niña no tiene remedio! —exclamó el ama de llaves, y viendo a Sebastián le ordenó:

—¡Haga que esa niña suba inmediatamente!

Heidi permanecía inmóvil, temblando, y lloraba desconsoladamente.

—Vamos, no tome tan en serio a la señorita Rottenmeier —dijo Sebastián, tocándole amistosamente un hombro—. Le aconsejo sonreír y no preocuparse más del asunto. Venga conmigo.

La niña le siguió con tanta pena, que el mozo se sintió conmovido.

—Ande, sonría —insistió Sebastián—. Usted nunca había llorado así y usted es una niña valiente. En un rato más, cuando la señorita Rottenmeier no nos vea, haremos una visita a los gatitos. ¿Le parece bien...?

Heidi aceptó con un gesto y se encaminó a su habitación. Sebastián le siguió con una mirada afectuosa.

A la mañana siguiente, en cuanto llegó el profesor, la señorita Rottenmeier le expuso sus temores con respecto a Heidi. El cambio de vida, ¿no habría afectado la mente de la niña? Le contó que Heidi había intentado escaparse, y le repitió las extrañas disculpas que había dado.

—Puede estar segura —dijo el señor Usher— que si bien Adelaida es muy especial en algunos aspectos,

en otros es perfectamente normal. Lo único que no me gusta es su torpeza para aprender el alfabeto.

Esto último satisfizo al ama de llaves y permitió al profesor pasar a dar sus lecciones. Pero el curioso atavío que llevaba Heidi cuando intentó escaparse le había quedado dando vueltas en la cabeza, por lo que decidió darle, antes de la llegada del señor Sesemann, algunos de los vestidos que quedaban chicos a Clara. En cuanto se lo dijo, Clara estuvo de acuerdo. La señorita Rottenmeier fue entonces a revisar el armario de Heidi para ver qué servía y qué echaba a la basura. Volvió excitadísima.

—¡Adelaida! —llamó—. ¡Mira, ven a ver lo que hay en tu armario! ¡Y tú, Clara, ven a mirar! ¡Panecillos añejos donde se guarda la ropa! —Llamó a Erika—: Vamos, eche a la basura todos estos panecillos. ¡Y también ese sombrero de paja!

—¡No, por favor! —sollozó Heidi—. Los pancitos son para la abuela. Y mi sombrero me gusta.

Corrió hacia Erika, pero el ama de llaves la detuvo:

—¡Quieta! Todas esas mugres irán a la basura.

Heidi se abrazó a Clara llorando desconsoladamente.

—Los pancitos de la abuela... —gimió—. No podré llevárselos.

Al ver la pena conque Heidi lloraba, la señorita Rottenmeier optó por salir de la habitación.

—Heidi, no llores —pidió Clara, trastornada—. Cálmate, por favor. Te prometo que te daré más pancitos que los que te han quitado. Y será pan fresco, no duro como el que tenías. Heidi, por favor, deja de llorar.

Solo al cabo de un rato Heidi logró serenarse. Comprendió la oferta de Clara y quiso asegurarse de que iba a ser realidad.

—¿Serán tantos pancitos como los que guardaba? —preguntó anhelante.

—Sí, y algunos más. ¿Se te pasará la pena?

9

Al señor Sesemann le cuentan cosas escalofriantes

Al llegar a casa, lo primero que hizo el señor Sesemann fue correr en busca de su hija. Clara estaba con Heidi, como todas las tardes. Padre e hija se abrazaron emocionados. De pronto el señor Sesemann vio a Heidi, que se había retirado a un rincón.

—Así es que tú eres la niña suiza —dijo—. Ven acá a saludarme. Bien, ¿y cómo te llevas con Clara? Supongo que no pelearán para hacer después las paces, y volver nuevamente a pelear.

—Oh, no —repuso Heidi—. Clara se porta muy bien conmigo.

—Nunca peleamos —confirmó Clara.

—Cuanto me alegro —dijo el señor Sesemann—. Y

ahora, mi amor, deberás perdonarme; iré a comer algo, porque no he probado un bocado en todo el día. Ya verás las cosas lindas que te traje.

En el comedor, la señorita Rottenmeier se sentó frente a él muy seria.

—¿Que le pasa? —interrogó el señor Sesemann—. ¿A qué viene esa cara de funeral cuando vi lo bien y feliz que parece estar Clara?

—Señor Sesemann —comenzó el ama sombríamente—, nos han engañado a todos.

—¿Sí? —dijo él, bebiendo calmadamente un poco de vino.

—Según lo acordado, y sabiendo que usted quiere que Clara esté rodeada por personas finas y educadas, pensé en que una niña suiza de las montañas sería la adecuada. He leído bastante sobre esas niñas puras, que desconocen la realidad...

—Creo que hasta esas niñas —interrumpió secamente el señor Sesemann— deben conocer la realidad si quieren llegar a ser algo.

—Hablo en serio, señor Sesemann. ¡Fui vergonzosamente engañada!

—Pero aún no me dice por qué.

—Usted debería haber visto los animales que esa niña

suiza ha traído a casa. Y el comportamiento extraño que ha tenido. El señor Usher podrá confirmárselo...

—Hable más claro —dijo él.

Comprendiendo que empezaba a despertarle la curiosidad, la señorita Rottenmeier continuó:

—Ha hecho cosas verdaderamente increíbles. La única explicación es que esté mala de la cabeza.

El señor Sesemann no había tomado en serio las quejas del ama, pero esto último le puso en guardia. Miró a la mujer interrogativamente, y entonces le anunciaron al señor Usher.

—Llega muy a tiempo —dijo el señor Sesemann—. Siéntese y tome una taza de café. Usted nos ayudará. Dígame francamente qué opina de la compañera de mi hija. ¿Qué es eso de los animales que ha traído? ¿Piensa que está loca?

Dando rodeos, el profesor empezó a hablar de lo contento que estaba de la vuelta del señor Sesemann. Pero éste le cortó en seco, exigiéndole una respuesta.

—Si debo opinar sobre esa niña —continuó el profesor—, me siento obligado a decir que, aunque parezca retrasada en algunos aspectos, en otros, y debido a su falta de educación regular...

–Mi estimado señor Usher –le interrumpió el señor Sesemann–, le ruego que vaya al grano. Dígame brevemente qué le parece como compañera de mi hija.

–No querría hablar mal de esa niña –repuso, con cautela, el profesor–, porque si, por un lado, su conducta es poco convencional, por otro, su espontaneidad, producto de su vida primitiva...

–Discúlpeme, señor Usher. –El señor Sesemann se puso en pie–: No quiero quitarle más tiempo. Volveré al lado de mi hija.

Ya en la biblioteca, se sentó al lado de Clara. Heidi se había levantado al verle entrar.

–Ven, querida –dijo el señor Sesemann, dirigiéndose a Heidi, y buscando un modo de que ésta les dejara solos unos minutos–, ¿te importaría traerme un vaso de agua?

–¿De agua fría?

–Sí. Agua fría.

Cuando Heidi hubo desaparecido, el señor Sesemann dijo a su hija, acariciándole una mano:

–Bueno, hijita, háblame de esos animales que tu amiga ha traído a casa... Y cuéntame por qué el ama cree que no está bien de la cabeza.

Clara le explicó lo de los gatitos, lo de la tortuga, lo de los pancitos y todo el resto. Su padre rió aliviado.

–¿Así es que no debo hacerla volver a su casa?

–¡No, por motivo alguno, papá! –exclamó Clara–. No sabes lo bien que lo paso con Heidi. Es una niña muy entretenida, que me enseña cosas muy interesantes.

–Pues, entonces, ¡hecho! Mira, ya está aquí tu amiguita. ¿Me has traído agua fría, realmente?

–Sí, de la fuente –contestó Heidi pasándole el vaso.

–¿De la fuente? ¿Y has ido sola? –preguntó Clara.

–Sí. Y me demoré, porque había mucha gente. Un caballero de pelo blanco le mandó saludos, señor Sesemann.

–Así es que ha sido toda una aventura –dijo sonriente el dueño de casa–. Me pregunto quién será ese caballero.

–Se paró junto a la fuente y me preguntó: “¿Para quién es esa agua?” Y cuando yo le contesté que para el señor Sesemann, se rió y me dijo que la bebiera a su salud.

–Dime cómo era ese caballero.

–Tenía una cara muy agradable y llevaba una

gruesa cadena con una piedra roja. Ah, y un bastón con una cabeza de caballo en la empuñadura.

—¡El doctor! —exclamó Clara.

El señor Sesemann sonreía pensando en lo que su viejo amigo diría sobre esta nueva costumbre de tomar agua. Y esa misma noche le aclaró a la señorita Rottenmeier que Heidi se quedaría en casa.

—Es una niña completamente normal —aseguró—. Clara está encantada con ella. Y usted no debe tomar como faltas sus pequeñas diabluras. Busque, al contrario, la forma de que sea bien tratada. Y si usted sola no se considera capaz de llevarla... recibirá ayuda muy luego. Mi madre nos hará una de sus largas visitas.

—Entendido, señor Sesemann —dijo agríamente el ama, a quien la noticia le gustó muy poco.

Quince días más tarde el señor Sesemann inició un nuevo viaje de negocios. Pero tan pronto como hubo partido, llegó carta de la anciana señora Sesemann pidiendo que enviaran un coche a buscarla al día siguiente a la estación.

Clara, feliz, hablaba tanto de la abuela, que Heidi no tardó en referirse a ella también como “abuela”. Al oírla, la señorita Rottenmeier la llamó y le advirtió secamente que no debería llamarla así.

—Debes decirle “Madame”, ¿está claro?

La palabra no le decía nada a Heidi. Pero vio que el ama le miraba tan seriamente, que terminó por retenerla.

10

Llega Madame Sesemann

Al día siguiente, reinaba gran actividad en la casa. Erika se había puesto un delantal nuevo. Sebastián había juntado varias sillitas y las distribuyó por las habitaciones, de modo que siempre hubiera donde sentarse. La señorita Rottenmeier lo revisaba todo, dispuesta a demostrar su eficacia y su don de mando ante la anciana señora que estaba por llegar.

Apenas el coche se detuvo, Sebastián y Erika corrieron escaleras abajo. El ama de casa les siguió con paso digno. Para que Clara pudiese estar un rato a solas con su abuela, a Heidi se le ordenó mantenerse en su habitación hasta que la llamaran.

—La esperan en la biblioteca —le dijo Erika, al cabo de un rato.

La señora Sesemann recibió a Heidi con una sonrisa amistosa:

–Acércate, linda, y déjame que te mire.

–Buenas tardes, señora Madame –saludó Heidi, recalcando esta última palabra.

–¿Cómo has dicho? –sonrió la anciana–. ¿Así saludan ustedes en las montañas?

–Oh, no –repuso Heidi–. Allá no se saluda así.

–Ni aquí tampoco. Para los niños yo soy “la abuela”; de modo que así me llamarás siempre. ¿No se te olvidará, no?

–No; estoy acostumbrada a ese nombre.

–Me parece muy bien –dijo la abuela, acariciándole la mejilla.

La niña le había gustado. Mientras le hablaba, Heidi la miraba con ojos francos y serenos; cosa que a ésta le resultaba fácil, porque la señora irradiaba bondad.

–¿Cómo te llamas? –preguntó la abuela.

–Mi nombre es Heidi, pero aquí me llaman Adelaida. Así es que...

La niña se detuvo, porque en ese momento entraba la señorita Rottenmeier.

–Usted estará de acuerdo conmigo, señora Sesemann –dijo el ama–, en que es mejor llamarla con un nombre normal...

–Mi estimada Rottenmeier –repuso la anciana–, si a ella siempre la han llamado Heidi, y está acostumbrada a ese nombre, yo la llamaré así.

El ama de llaves se recogía de rabia cuando la nombraban solo por su apellido. Pero era una costumbre de la señora Sesemann, a quien nadie podía cambiarle sus costumbres.

Aquella tarde, cuando golpearon a su puerta y la señorita Rottenmeier abrió, se le nubló inmediatamente el rostro.

–¿Qué hace Heidi a estas horas? –preguntó la señora Sesemann.

–Flojea en su habitación –explicó el ama–. Debería estar haciendo algo útil. Pero es incapaz de pensar en algo que no sea una diablura.

–Seguramente yo haría lo mismo si me prohibieran moverme de mi habitación. Vaya y tráigamela. Le tengo unos libros de regalo.

–¡Libros! –la señorita Rottenmeier rió sarcásticamente–. Si ni siquiera ha podido aprender el alfabeto.

–Qué extraño. Heidi parece inteligente. Tráigamela. Haré que vea las ilustraciones.

El ama de llaves intentó decir algo más, pero la anciana la dejó con la palabra en la boca.

A Heidi le encantaron las ilustraciones. De pronto lanzó una exclamación y los ojos se le llenaron de lágrimas. La señora Sesemann vio que la niña estaba observando el dibujo de un verde prado, donde un pastor cuidaba a varias cabras y ovejas. Atardecía y el sol doraba todo. La anciana acarició la cabeza de la niña y le dijo cariñosamente:

—Chiquita, no llores. Este dibujo debe recordarte algo. Pero es un pasaje de una linda historia que te contaré esta tarde. Vamos, deja de llorar y siéntate aquí, a mi lado.

Pasó un rato antes de que Heidi se serenara. Solo entonces la señora Sesemann continuó:

—Bien, ya pasó. Ahora conversaremos las dos. Cuéntame: ¿Cómo van tus lecciones? ¿Qué has aprendido?

—Nada —replicó Heidi, cohibida—. No puedo aprender.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué crees que no puedes hacerlo?

—Es muy difícil aprender a leer.

—¿Qué te hace creer eso?

—Pedro lo dice. Y debe ser cierto porque él no ha podido conseguirlo.

—Ese Pedro debe haberlo hecho mal. Porque si

tú quieres saber leer, aprenderás fácilmente. No debes haber puesto atención al señor Usher...

—No puedo —confesó Heidi.

—Pues, escúchame, Heidi. Seguramente estás influida por lo que te dijo ese Pedro. Pero ahora deberás creerme a mí. Y yo te digo que aprenderás a leer en poco tiempo... Y apenas sepas leer te regalaré el libro con las ilustraciones del pastor. Entonces podrás saber por ti misma qué le pasa a él y a sus animales. Te gustaría, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! —exclamó Heidi con los ojos brillantes—. ¡Quisiera saberlo ahora mismo!

—En poco tiempo podrás leerlo tú misma —aseguró la anciana—. Ahora iremos donde Clara. Vente con el libro.

Y se dirigieron a la biblioteca tomadas de la mano.

Por motivo alguno Heidi quería que Clara, la abuela o el señor Sesemann pensarán que ella no les quería. Sin embargo, la nostalgia de sus montañas la estaba enfermando. Había perdido el apetito y estaba muy pálida. Le costaba quedarse dormida en las noches; y cuando lo lograba, se veía en sueños en la cabaña del abuelo, y se despertaba bruscamente, bañada en lágrimas.

La señora Sesemann se dio cuenta de que algo le pasaba. Así es que un día la llamó y le preguntó por qué estaba tan triste.

—No puedo decírselo —repuso la niña, temiendo molestarla con la verdad.

—Óyeme, hijita. Cuando estamos tristes y no queremos contarle a nadie lo que nos pasa, siempre podemos contarle a Dios. Él nos escuchará y nos ayudará. ¿Me entiendes? ¿No le rezas cada noche a Dios, dándole las gracias por las cosas buenas y pidiéndole que te ayude?

—No. No lo hago nunca.

—¿No sabes rezar, Heidi? ¿Nadie te ha enseñado a hacerlo?

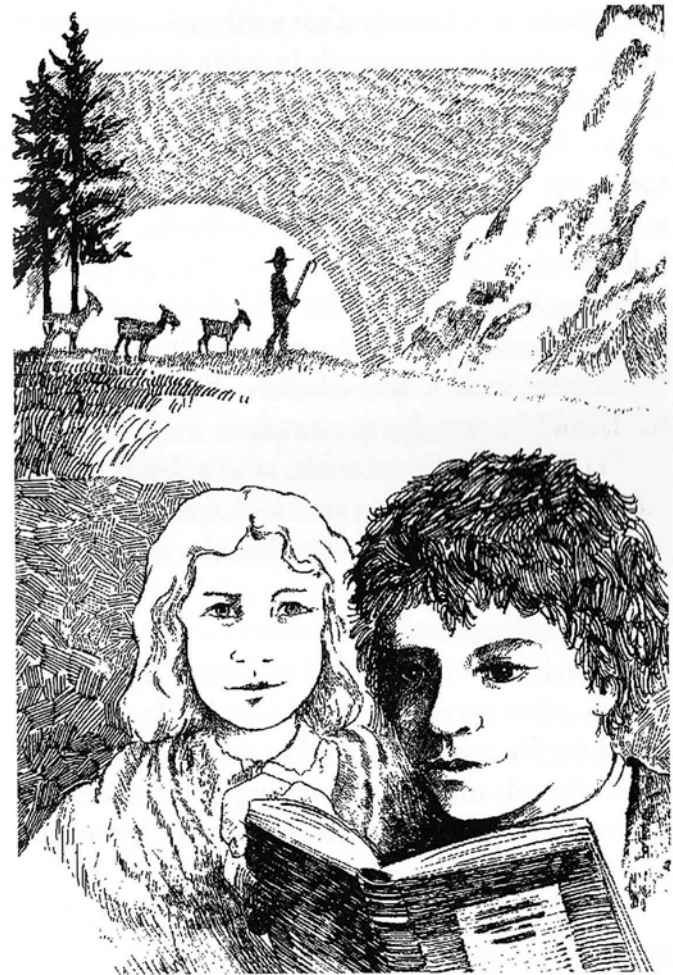
—Cuando era muy pequeña rezaba con mi abuela. Pero hace mucho tiempo y ya no me acuerdo cómo se hace.

—Yo te lo recordaré. Lo importante es que converses con Dios, que le cuentes tus penas y alegrías. Él siempre va a oírte.

El rostro de Heidi se iluminó.

—¿Se lo puedo contar todo? ¿Todo lo que me pasa? —indagó.

—Todo. Absolutamente todo.



—¿Puedo ir a hacerlo ahora mismo? —preguntó Heidi, soltando su mano de la mano de la anciana.

—Ya lo creo, hijita.

La niña corrió a su habitación y le contó a Dios todos sus problemas. Terminó rogándole que la ayudara a regresar a la cabaña del abuelo.

Unos diez días después el señor Usher preguntó a la señora Sesemann si podía hablarle de un asunto importante. La anciana le recibió amablemente.

—Siéntese, señor Usher —ofreció—. ¿Sobre qué quiere hablarme? Le escucho encantada.

—Ha sucedido algo increíble, señora. Nadie podría haberlo pensado... Y, sin embargo, ha ocurrido...

—¿Me dirá que la pequeña Heidi ha aprendido a leer?

El profesor pareció asombrado:

—¡Increíble! —exclamó—. El que usted lo haya supuesto es tan increíble como el hecho de que haya sucedido. En realidad yo había perdido toda esperanza. Pero de un día para otro, y prácticamente sin mayor esfuerzo de mi parte, la niña ha aprendido casi todas las letras y sabe ya leer...

—Estas cosas extrañas suceden —dijo la señora Sesemann—. Tal vez se debió a que la niña de pronto

quiso saber leer. Bien, lo importante es que lo haya logrado y que ahora continúe progresando.

Se despidió del profesor y se dirigió a la biblioteca. Allí estaba Heidi leyendo en voz alta a Clara. En su voz se notaba la alegría que le daba el mundo que iba descubriendo mientras deletreaba los negros caracteres.

A la hora de comer, Heidi encontró, junto a sus cubiertos, el libro ilustrado que tanto le gustaba.

—Ahora es tuyo —afirmó la abuela.

—¿Mío para siempre? —preguntó Heidi feliz—. ¿También cuando vuelva a la cabaña?

—Desde luego. Mañana me lo empezarás a leer.

—Pero tú no nos dejarás —intervino Clara inquieta—. La abuela tendrá que irse pronto y yo quedaría sola.

Desde esa tarde, la lectura se convirtió para Heidi en su juego favorito. Día a día iba descubriendo nuevas cosas en su libro. Y cuando no entendía algo, la abuela se lo explicaba con su dulce y tranquila voz.

Enferma de nostalgia

La señora Sesemann no dormía siesta. Así es que diariamente, después de almuerzo y luego de haber estado un rato con su nieta, llamaba a Heidi a su habitación y se dedicaba a entretenerla. Tenía varias muñecas muy lindas y enseñó a Heidi a hacerles vestidos, con lo cual la niña aprendió a coser sin mayor esfuerzo. Otras veces la anciana le pedía que le leyera en voz alta el libro ilustrado. Cuanto más lo leía, más gustaban sus historias a la niña. Pese a ello no parecía contenta y su rostro había perdido su antigua expresión de felicidad.

Una tarde, cuando faltaba poco para la partida de la señora Sesemann, ésta llamó a Heidi. Sentándola a su lado le dijo cariñosamente:

—Veo, hijita, que no eres feliz. ¿Se trata siempre de lo mismo?

Heidi asintió.
 –¿Hablaste a Dios de ello?
 –Sí.
 –¿Y continúas pidiéndole que te arregle las cosas?
 –No, ya no.
 –Malo. ¿Y por qué ya no?
 –Porque no saco nada con hacerlo –contestó Heidi–. Dios ya no me oyó.
 –¿Cómo puedes estar tan segura de eso?
 –Le he rezado todos los días y no ha pasado nada.
 –Veamos, hijita. Dios nos quiere mucho, así es que cuando le pedimos algo que Él sabe que no nos conviene, nos lo niega. Pero si seguimos rezando y confiando en Él, seguramente Él nos va a sugerir algo mejor de lo que queríamos. Y si entonces le pedimos esto con fe, debes estar segura de que terminará por hacer que se cumpla nuestro deseo. Si en lugar de hacer esto, perdemos la esperanza y dejamos de creer en Él, Dios nos dejará abandonados a nuestra suerte. ¿Eso es lo que quieres que te pase, Heidi? ¿O prefieres pedirle perdón ahora mismo por haber dudado de su bondad?
 La niña había oído atentamente a la abuela. Confiaba absolutamente en ella, así es que exclamó:

–¡Corro ahora mismo a pedirle perdón y a prometerle que nunca más dudaré de Él!

–Muy bien, hijita. Es lo que debes hacer.

Ya en su habitación. Heidi rezó largamente, hasta sentir que Dios podría perdonarla y oír sus ruegos.

La partida de la abuela fue muy triste para Clara y Heidi, aunque la anciana hizo todo lo posible para alegrarlas. Ambas niñas se sintieron abandonadas. Entonces Heidi dijo:

–Ahora puedo leerte lo que quieras, Clara.

Clara asintió. Pero el cuento resultó muy triste, porque en él se moría una abuela. Esto fue demasiado para Heidi, quien estalló en llanto:

–Es la abuela de Pedro... –gimió.

A Clara le costó mucho convencerla de que no era así. Pero cuando finalmente lo logró, Heidi había tomado conciencia de que la abuela de Pedro podía morir en realidad, y también el abuelo. Y ella no les vería nunca más. Volvió a estallar en llanto.

En ese momento entró en la biblioteca la señorita Rottenmeier.

–¡Basta de dramas, Adelaida! –dijo secamente–. Si vuelves a llorar mientras lees a Clara, te quitaré ese libro.

La niña palideció, apretó el libro bajo el brazo y se secó rápidamente las lágrimas.

Pasaban los días y el apetito de Heidi no mejoraba; su palidez se acentuaba y enflaquecía visiblemente. Sebastián se sorprendía al ver que la niña rehusaba hasta los platos más exquisitos.

—Señorita, pruebe esto —musitaba—. Sírvase más; eso es muy poco.

Pero Heidi no le hacía caso. Y llegada la noche, volvía a recordar sus queridas montañas y a llorar sin consuelo.

Así transcurrió aquel otoño y ese invierno. Las raras veces en que Clara se sentía con ganas de dar un paseo, veían a mucha gente, casas bonitas, iglesias, pero en parte alguna había pastizales, flores, árboles y montañas nevadas. Cuando regresaba a su habitación, Heidi cerraba los ojos y dejaba correr dolorosamente su imaginación hasta que Clara volviera a llamarla.

12

Fantasmas en casa

De pronto en casa del señor Sesemann empezaron a ocurrir cosas muy raras. El ama de llaves se escurría por ella temerosa, sobresaltada, y cuando al anochecer tenía que inspeccionar las habitaciones, se hacía acompañar por Erika. Ésta, a su vez, se comportaba del mismo modo. Cuando tenía que hacer algo en un cuarto, o en alguno de los pasillos, le pedía a Sebastián que fuera con ella. Sebastián tampoco parecía sentirse seguro. Si le mandaban a la bodega, pedía a Hans, el cochero, que le acompañase.

El fondo del asunto consistía en que desde un tiempo a esta parte, cada mañana aparecía la puerta de calle abierta de par en par, sin que nadie hubiera salido ni entrado. Los dos primeros días registraron la casa completa, por si se trataba de un robo. Pero no faltaba nada. Durante las próximas tardes cerraron la puerta con doble llave. A la mañana siguiente

volvían a encontrarla abierta, aunque bajarán muy temprano a revisarla.

La señorita Rottenmeier tomó cartas en el asunto y ordenó a Sebastián y a Hans que pasaran la noche en la habitación contigua al zaguán de entrada, a ver si descubrían el misterio.

Llegada la noche, ambos tomaron su puesto y descorcharon una botella de vino para entrar en calor. Muy luego les dio sueño y se adormilaron. Cuando sonaron las doce en el reloj del pasillo, Sebastián despertó. Aguzó el oído para captar cualquier ruido. El profundo silencio le dio miedo, por lo que intentó despertar a Hans. Después de sacudirle un buen rato, logró que el cochero recordara por qué estaba ahí. Haciéndose el valiente, Hans dijo:

—Echemos un vistazo. Yo adelante.

Cruzó el umbral, camino al zaguán, y de inmediato una ráfaga de aire apagó la vela que llevaba. La corriente de aire venía de la puerta de calle, abierta de par en par. Dio un salto, tropezando con Sebastián, y cerró de un portazo, echando doble llave.

—¿Qué pasó? —preguntó aterrado Sebastián—. ¿Quién había afuera?

—¡La puerta estaba abierta de par en par! —susurró Hans—. ¡Y alcancé a divisar algo blanco que se movía en la escalera!

A Sebastián le castañetearon los dientes. Ambos se sentaron muy juntos y velaron hasta que en la calle se oyeron los ruidos de los primeros transeúntes. Subieron entonces donde la señorita Rottenmeier, la que ya estaba vestida, pues había pasado parte de la noche a la espera de lo que iban a descubrir los sirvientes. Apenas oyó el relato de éstos, escribió una alarmante carta al señor Sesemann. Le rogaba que regresara lo antes posible, ya que en casa nadie podía dormir esperando que en cualquier momento sucediera algo terrible.

El señor Sesemann contestó a vuelta de correo. Decía que no le era posible volver en ese momento, se mostraba sorprendido de que en casa hubiera un fantasma, y pedía que se intentara “superar aquel estado de nervios pasajero”.

Como a la señorita Rottenmeier no le gustó la liviandad de la respuesta de su patrón, escribió de inmediato a la señora Sesemann. Pero su respuesta tampoco le satisfizo. La anciana señora le contestó, con una pizca de sarcasmo, que no iba a hacer un

viaje a Frankfurt por el hecho de que la señorita Rottenmeier creyera en fantasmas.

El ama de llaves no podía aceptar este trato. Y como hasta ese momento nada había dicho a las niñas, para evitar asustarlas, ahora se fue donde ellas y de un golpe les contó todo.

—¡Papá tiene que venirse inmediatamente! —exclamó Clara—. ¡Y mientras llega usted tiene que dormir en mi pieza! Heidi tampoco puede dormir sola.

La niña estaba asustadísima.

—Escribiré ahora mismo a su padre —afirmó la señorita Rottenmeier tratando de calmarla— y llevaré mi cama a su habitación para que no esté sola. Si Adelaida también está asustada, Erika instalará otra cama en su pieza.

La verdad es que a Heidi le daba más miedo Erika que los fantasmas, de los que nunca había oído hablar. Así es que dijo que prefería seguir durmiendo sola. El ama de llaves escribió entonces una nueva carta al señor Sesemann. Cautamente contó que los hechos misteriosos continuaban y que ellos podían afectar hondamente a Clara, cuya delicada salud no resistía el tenso clima que había en casa.

Esta vez acertó. Al cabo de dos días, todo el

mundo se sobresaltó al oír el violento campanileo de la puerta de calle. Sebastián se asomó temeroso por una de las ventanas del segundo piso, pero en lugar de ver el fantasma vio al señor Sesemann. Éste se dirigió inmediatamente a la habitación de su hija. Clara le recibió alegremente, diciéndole que daba gracias al fantasma por haberle hecho venir tan luego a casa.

—Veo que se trata de un buen fantasma, señorita Rottenmeier —comentó el señor Sesemann, dirigiéndose al ama con cierta ironía.

—Oh, ya verá que la cosa es seria —repuso el ama secamente—. Mañana podrá decirme si el fantasma de alguno de sus antepasados ronda o no la casa.

—No adelante opiniones acerca de mis respetables antepasados —contestó el señor Sesemann—. Le ruego pedirle a Sebastián que me espere en el comedor. Quiero hablarle a solas.

Sabía que Sebastián y el ama no se llevaban bien.

—Me dirás la verdad, Sebastián —ordenó al sirviente, apenas éste apareció—. Estás disfrazándote de fantasma para asustar a la señorita Rottenmeier, ¿no es cierto?

—No, señor, no vaya a creer eso. Yo estoy tan asus-

tado como ella –repuso Sebastián, con una expresión que no admitía dudas.

–Te creo. Esto me obligará a demostrarte a ti y a Hans que los fantasmas no existen. Llevarás de inmediato un mensaje al doctor Classen. Salúdale de mi parte y ruégale que venga esta noche a las nueve.

–Sí, señor. Voy en seguida.

A las nueve, cuando el ama y las niñas ya se habían retirado a sus dormitorios, apareció el doctor Classen. Se le veía algo preocupado, pero en cuanto estuvo frente a su amigo se echó a reír.

–Tiene usted un excelente aspecto para que yo tenga que pasar la noche a la cabecera de su cama –dijo.

–Espacio, espacio –repuso el señor Sesemann–. Tal vez, amigo mío, sus cuidados van a ser necesarios esta misma noche. Pero antes tenemos que atrapar al paciente.

–¿Así es que se trata de atrapar al paciente? –sonrió el doctor.

–Más grave que eso. ¡Se trata de agarrar a un fantasma!

El doctor rió abiertamente.

–No estoy bromeando –dijo el señor Sesemann–. Por suerte la señorita Rottenmeier no puede oírnos.

Porque ella está absolutamente convencida de que uno de mis antepasados ronda la casa.

–¿Y cómo lo supo? –el doctor no dejaba de sonreír. El señor Sesemann le contó todo lo que sabía.

–Y como precaución –añadió– nos llevaremos dos pistolas a la sala donde haremos guardia usted y yo. Pienso que se trata de una broma pesada que algún amigo de uno de mis criados le está gastando a alguien, para alarmarlo. Si es así, un par de tiros al aire le vendrán bien. Si se trata, en cambio, de ladrones que quieren meter a todo el mundo en cama para robar, no sobra el estar armado.

Ambos se instalaron en la habitación donde Sebastián y Hans habían velado. Mantuvieron cerrada la puerta, de modo que no se filtrara luz hacia el zaguán, pues no estaban dispuestos a pasar la noche a oscuras. Las doce campanadas del reloj del pasillo les sorprendieron conversando y bebiendo.

–Ese fantasma ha olfateado la trampa –dijo el doctor–. No vendrá.

–Esperemos otro poco. Tal vez espera la una para aparecer.

Siguieron conversando. No se oía el volar de una mosca.

—¡Chis! —susurró de pronto el doctor—. ¿No oye algo? Aguzaron el oído. Alguien corría el cerrojo y quitaba la doble llave de la puerta. El señor Sesemann cogió su pistola.

—Así es que tiene miedo usted —musitó calmadamente el médico.

—Es mejor evitar sorpresas —susurró el señor Sesemann.

Tomando los candelabros y las pistolas, ambos abrieron la puerta que daba al zaguán. En el umbral de la puerta de calle, la luna brillaba sobre una figura blanca que se mantenía inmóvil.

—¡Alto! —gritó el doctor.

La figura se volvió y emitió una especie de quejido. Era Heidi. La cubría una larga camisa de dormir, estaba descalza y miraba aturdida a los dos hombres. Su boca empezó a temblar y a decir palabras ininteligibles.

—¡Increíble! —exclamó el médico—. ¿Que no es la niña del vaso?

—Por Dios, hijita —dijo el señor Sesemann—. ¿A qué has venido aquí?

La niña parecía semidormida; contestó como entre nubes:

—No sé, no sé.

—Esto es para mí —dijo el doctor—. Déjeme que lleve inmediatamente a esta niña a su dormitorio—. Se deshizo de la pistola, cogió a Heidi en brazos y la condujo hasta su cama. Una vez que la hubo acostado, se sentó junto a ella y empezó a calmarla cariñosamente.

—Bien, bien... ya estás mejor. Ahora puedes decirme adónde ibas.

—Yo no sabía que había bajado las escaleras —susurró Heidi—. No sé cómo llegué hasta la puerta. El doctor cogió la fría mano de la niña.

—No te preocupes —la calmó—. ¿No estarías soñando? ¿Puedes acordarte si soñabas?

—Sí... sí —Heidi dudó un instante, continuó—: Todas las noches sueño que vuelvo a la cabaña del abuelo. En medio del sueño sé que quiero ver brillar las estrellas, y entonces me levanto a abrir la puerta de la cabaña... Afuera hay nieve; a veces, luna... Todo es precioso. Pero cuando me despierto, estoy aquí, en esta cama enorme...

No pudo continuar hablando.

—¿Sientes alguna molestia? —preguntó el médico—. ¿En la cabeza? ¿En el pecho?

–No. Sí... pero en la garganta.

–¿Cómo si no pudieras tragarte algo?

Heidi negó con la cabeza:

–No... Es como si no pudiera llorar.

–¿Acaso no lloras a veces? –preguntó el doctor.

La niña tembló.

–Me está prohibido –dijo en un susurro–. La señorita Rottenmeier me lo prohibió.

–Así es que te tragas el llanto, ¿verdad? Dime, ¿te gusta vivir en Frankfurt?

–Sí. –Su voz daba a entender exactamente lo contrario.

–¿Dónde vivías con tu abuelo?

–En la montaña.

–Pero allí debes haberte sentido muy sola, ¿verdad? Y muy aburrida...

–No, no... Lo pasaba maravillosamente bien.

Le fue imposible contener las lágrimas. Estalló en un llanto desgarrador.

–Llora, llora, hijita –dijo el doctor–. Te hará muy bien. Ya verás como mañana todo habrá pasado.

Cerró la puerta del dormitorio y se dirigió donde el señor Sesemann, que le aguardaba inquieto.

–Un caso de sonambulismo –empezó explicando–. Esta niña ha estado abriendo cada noche la puerta

de calle sin saber lo que hacía. Además, sufre de nostalgia. Esto la ha hecho perder mucho peso y la tiene con los nervios de punta. Hay que tomar medidas de inmediato. El remedio es uno solo: que vuelva inmediatamente a su casa.

El señor Sesemann comenzó a ir y venir nerviosamente por la habitación.

–Sonambulismo, nostalgia, baja de peso... ¡Cómo es posible que aquí nadie se haya dado cuenta! Se veía maravillosamente sana cuando llegó. ¿Piensa usted que puedo enviarla así a su casa? No: sería inicuo. Primero debe reponerse. Dígame usted cómo.

–Amigo mío, no sabe lo que me está pidiendo –dijo el médico–. Lo de esta niña no puede curarse a base de jarabes o píldoras. Lo que necesita es el aire de sus montañas. Allí sanará en pocos días. Si no lo hacemos... usted tendrá que devolverla enferma; o ni siquiera podrá devolverla.

Al señor Sesemann parecía gustarle muy poco la solución.

–Sí debo hacer lo que usted me dice –acató–; bueno, ¡pues qué le vamos a hacer!

Afuera empezaban ya a circular los primeros coches tempraneros.

13

Nuevamente en la cabaña

El señor Sesemann golpeó secamente la puerta de la señorita Rottenmeier. Esta se levantó de un salto...

–Haga el favor de bajar –ordenó el dueño de casa–. Hay que preparar un viaje.

El ama de llaves no entendía qué pasaba. Eran poco más de las cuatro y media de la madrugada. Empezó a vestirse nerviosamente.

El señor Sesemann fue despertando de uno en uno a los criados. Erika, Sebastián y Hans se vistieron a la carrera, pensando que habían agarrado al fantasma. Cuando llegaron al comedor les sorprendió ver al señor Sesemann muy tranquilo. Erika fue enviada a despertar a Heidi y a prepararla para la partida, y Hans a enganchar los caballos al coche. Sebastián tuvo que ir en busca de Dora a la casa donde servía.

–Ponga todo lo de Heidi en un baúl –pidió el dueño de casa a la señorita Rottenmeier–. Y también algunas cosas de Clara. A la niña no deberá faltarle nada. Y hágalo rápido.

El ama esperaba recibir alguna explicación acerca del fantasma. Pero en lugar de ello, recibía estas órdenes urgentes. Dejándola boquiabierta, el señor Sesemann estaba ya con Clara; la niña había despertado al ruido de tanto trajín y nerviosa preguntaba a su padre qué ocurría.

–Al doctor le preocupa la salud de Heidi –terminó diciendo el dueño de casa, luego de explicarle todo–. Asegura que incluso puede caminar dormida por los tejados. Piensa en el peligro a que está expuesta. Así es que decidí que vuelva inmediatamente a su casa. ¿No te parece razonable, hijita?

La noticia afectó mucho a Clara. Hizo todo lo posible para que su padre cambiara de opinión. Pero solo logró que éste le prometiera que la llevaría a Suiza durante el verano siguiente.

En aquel momento llegó Dora, sumamente inquieta por haber sido despertada a una hora tan temprana. El señor Sesemann le explicó cuánto le había dicho el médico sobre la salud de la niña.

—Y ahora —terminó—, usted se la llevará hoy mismo a las montañas.

Dora no sabía que hacer. El viejo de los Alpes la había despedido gritándole que no quería volverlas a ver jamás.

—Desgraciadamente estoy muy ocupada —dijo, cortada—. No sé, en realidad, cuándo me darán permiso para hacer el viaje.

Dándose cuenta de que las disculpas de Dora eran falsas, el señor Sesemann la despidió sin más y ordenó a Sebastián que hiciera el viaje.

—Partirás hoy mismo con Heidi a Basilea —dijo—. Y mañana la conducirás hasta su casa. Llevarás una carta para su abuelo, por lo que no necesitarás darle explicaciones y podrás volver inmediatamente. En Basilea —añadió—, alojarán en el hotel que te indique. Su dueño me conoce mucho y te dará una habitación para cada uno. Tú deberás preocuparte... ¡Ponme mucha atención, Sebastián...! Deberás preocuparte de que la puerta y la ventana de la habitación de Heidi queden perfectamente cerradas. La niña es sonámbula, ¿comprendes?

—Así que es sonámbula... —murmuró el mozo; y de pronto se le aclaró todo.

—Sí. ¡Y tú y Hans, un par de cobardes!

Y dejando a Sebastián rojo de vergüenza, el señor Sesemann se dirigió a su escritorio para escribir al viejo de los Alpes. Cuando lo hubo hecho, bajó al comedor y mandó llamar a Heidi.

—Bien, hijita —le dijo, apenas ella entró—. Hoy vuelves a casa.

La niña le miró sorprendida.

—¿A mi casa?—musitó.

—Sí. ¿No te agrada la noticia?

—¡Sí, sí, me encanta! —le brillaban los ojos y los colores habían vuelto a su rostro.

—Ahora tomarás un buen desayuno. Y luego, al coche.

Heidi apenas podía tragar. Todavía no daba crédito a lo que estaba pasando.

—Y ahora anda a despedirte de Clara —le dijo el señor Sesemann cuando hubieron desayunado.

Clara estaba en su silla de ruedas junto a un gran baúl abierto.

—Mira todo lo que llevas —le indicó a Heidi—. Ojalá te gusten los vestidos que te he puesto; y estos delantales, y los pañuelos. ¿Qué te parece el costurerito?

Pero en ese momento Heidi había descubierto un canastillo lleno de frescos pancitos y saltaba de alegría. Hablando de la abuela de Pedro, las niñas olvidaron que iban a separarse. Y cuando llamaron a Heidi para que bajara hasta el coche, no hubo tiempo para una despedida triste. La señorita Rottenmeier la esperaba al pie de la escalera, tan tiesa como siempre.

—Adiós, hijita —le dijo el señor Sesemann, estrechándole ambas manos—. Clara y yo te echaremos mucho de menos.

—Gracias, gracias por todo —contestó Heidi.

—¡Buen viaje! —gritó el dueño de casa cuando los caballos arrancaron.

Un rato después Heidi y Sebastián abordaban el tren. La niña mantenía sobre su falda el pequeño canasto con los pancitos, y de vez en cuando lo miraba feliz. Solo al cabo de un cuarto de hora habló al sirviente:

—Sebastián, ¿usted cree que la abuela de Pedro no ha muerto?

—Esperemos que no. Si tenía buena salud, bueno, debe estar viva.

Heidi se quedó pensativa, en silencio.

—Ojalá esté viva —dijo, luego de unos minutos.

—Pues ya le he dicho que no tiene por qué haber muerto —repuso Sebastián, adormilado.

Heidi tampoco demoró en dormirse. Tanta emoción y la levantada temprano la hicieron dormir profundamente hasta que el sirviente le remeció un brazo:

—Despierte, señorita. Estamos en Basilea. Aquí nos bajamos.

La noche en el hotel transcurrió normalmente y al día siguiente abordaron un nuevo tren. Heidi no dejaba que Sebastián le llevara ni por un momento el pequeño canasto. De pronto una voz anunció: “¡Mayenfeld, Mayenfield!” Ambos tuvieron un instante de sorpresa y luego hicieron bajar el baúl del tren. Sebastián buscó con la mirada a alguien que pudiera decirle cuál era el camino a Dörfli. Vio entonces una carreta tirada por un caballo de aspecto cansado. Un hombre estaba cargándola con unos sacos llegados en el tren. Sebastián le hizo varias preguntas.

—Cualquier camino sirve —repuso el hombrón.

Pero como esto no convenció a Sebastián, volvió a la carga, preguntando cómo podría transportar el baúl hasta Dörfli. El hombre pesó el baúl con la mirada.

—Se lo puedo llevar yo, en la carreta —ofreció—. También voy a Dörfli.

Finalmente aceptó transportar además a Heidi. Desde el pueblo, alguien podría acompañar a la niña hasta la cabaña del abuelo.

Heidi había oído la conversación. Dijo:

—Yo puedo subir sola. Conozco de memoria el camino.

A Sebastián le gustó la idea de no tener que subir a la montaña; llamó a un lado a Heidi y le dio un paquete y la carta para el abuelo.

—Este paquete es para usted, señorita —explicó—; es un regalo de mi patrón. Escóndalo en el canasto y no lo vaya a perder.

—Lo cuidaré mucho —repuso Heidi.

Sebastián acomodó a la niña y su cesta en el pescante de la carreta, y el baúl atrás. Se sentía culpable por no acompañar a Heidi hasta su destino. Se despidió de la niña, insistiéndole con un gesto que ocultara bien el paquete, y la recomendó al hombrón mientras éste ponía en marcha la carreta.

—¿No eres tú la chica que vivía con el viejo de los Alpes? —preguntó de pronto el hombre.

—Sí.

—¿Y por que has vuelto entonces? ¿Te trataron mal en Frankfurt?

—¡Oh, no! —protestó Heidi—. Vuelvo, porque el señor Sesemann me dijo que podía regresar cuando yo quisiera.

—Deberías haberte quedado —afirmó el hombre.

—Pero es que yo prefiero mil veces estar en la montaña con mi abuelo.

El hombrón no hizo más preguntas. Como el caballo iba al paso, Heidi sentía que no llegarían nunca. Daban las cinco en el reloj de la iglesia de Dörfli cuando entraron en el pueblo. En un instante varios aldeanos habían rodeado la carreta.

—Gracias, muchas gracias —dijo Heidi al carretero cuando la bajó del pescante—. Mi abuelo vendrá por el baúl.

Quiso tomar en seguida el sendero que conducía a la cabaña, pero algunos aldeanos empezaron a acosarla a preguntas. La niña se abrió paso en medio de sus comentarios.

—Fíjense que asustada está —dijo uno—. Se ve que no quiere volver donde el viejo de los Alpes.

—Si la pobrecita tuviera alguien en el mundo —aseguró otro—, jamás volvería donde ese viejo ateo.

Heidi corría ya ladera arriba. Cada cierto trecho se detenía a tomar aliento: el canasto le pesaba y el camino era muy empinado. La agujoneaba un pensamiento: que la abuela estuviera viva. Finalmente divisó la cabaña y sintió que el corazón le saltaba. Abrió trabajosamente la puerta y se precipitó adonde siempre estaba la abuela.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la anciana—. Es como si hubiera entrado Heidi, por la manera de hacerlo.

—¡Soy yo, abuela! —gritó la niña.

Y se lanzó a abrazar a la abuela, demasiado emocionada para poder agregar algo más. La anciana, por su parte, no salía de su asombro. Finalmente logró decir:

—Sí, esta es la cabecita de Heidi: sí, esta es su voz.

Desde sus ojos ciegos caían grandes lágrimas.

—Claro que soy yo, abuela. Nunca más volveré a irme —la consolaba Heidi—. Te he traído pancitos frescos.

Puso los panecillos en la falda de la anciana.

—¡Qué maravilloso regalo, hijita! —exclamó la abuela—. Veo que no me habías olvidado. Pero habla tú, para oír tu voz.

—Sufría mucho, porque no sabía si estabas viva —dijo la niña—. Quería verte comer estos pancitos.

En aquel instante entró la madre de Pedro; no salía de su asombro al ver a Heidi.

—¡Qué bueno que estás aquí! —dijo al fin—. Si vieras, abuela, el vestido que lleva. Viene tan elegante que no la reconocí.

Esto último no le gustó a Heidi. Así es que se sacó el elegante vestido que traía y se puso sobre la enagua su viejo pañuelo rojo. Luego se despidió de la anciana:

—Adiós, abuela. Ahora subo a casa, pero mañana vendré de nuevo.

La anciana la abrazó cariñosamente.

—¿Por qué te sacaste ese precioso vestido? —preguntó Brígida.

—No me gustaría que el abuelo no me reconociera, como te pasó a ti.

—El viejo de los Alpes te hubiera reconocido —afirmó Brígida acompañándola hasta la puerta. Espero que te reciba bien. Según Pedro, está de muy mal genio.

El sol vespertino teñía ya de rosa las montañas. Heidi se volvía para admirarlas mientras subía.

Todo era mucho más lindo de cómo lo recordaba. Ahora la nieve de los picachos, los pastizales y el valle brillaban como el oro. Heidi, emocionada, daba gracias a Dios por haber podido regresar. De pronto vio las copas de los abetos, luego el techo de la cabaña, y después al abuelo, sentado en su banco con la pipa en la mano. La niña tiró el canasto al suelo y se le lanzó al cuello:

—¡Abuelo! ¡Abuelo!

Al anciano no le salía el habla. Hacía años que no lloraba y ahora dejó que las lágrimas le bañaran el rostro.

—Así es que volviste —murmuró, sentando a Heidi en sus rodillas—. ¿Es que no te trataron bien? ¿Acaso te echaron?

—Cómo se te ocurre, abuelo. Al contrario, Clara, su papá y la abuela me querían mucho. Pero yo estaba siempre con un nudo en la garganta, como si no pudiera tragar. Hasta que una mañana el señor Sesemann me llamó... y el doctor... Bueno, creo que todo te lo explica en la carta.

Sacó del canasto la carta y el paquete.

—Este paquete es para ti —le dijo el abuelo, entregándoselo.

En seguida leyó la carta; sin comentarios, se la guardó en un bolsillo.

—Ahora beberás un jarro de leche. Heidi —dijo, poniéndose en pie para entrar con Heidi en la cabaña—. Y trae el paquete; en él hay dinero para que te compres una cama y algunos vestidos.

—No necesito dinero —repuso Heidi feliz—. Clara me regaló vestidos como para toda la vida, y tengo mi cama.

—Lo guardarás entonces en la despensa. Ya verás cómo un día vas a necesitarlo.

Heidi observó alegremente la gran habitación y luego trepó al henil.

—¡Abuelo, no está mi cama! —gritó, frustrada.

—Ya la haremos —dijo el anciano—. Pensaba que no ibas a regresar. Baja y toma tu leche.

Sentada en su alto piso, la niña bebió hasta el último concho de leche.

—No hay nada tan rico como esta leche —declaró, lamiéndose los labios.

Se oyó entonces un fuerte chiflido.

—¡Hola, Pedro! —gritó Heidi, saliendo de la cabaña y corriendo hacia el pastor—. ¡Hola. “Margarita”! ¡Hola, “Morena”! ¿No me han olvidado?

Las cabras parecieron reconocer su voz; balando, frotaron las cabezas contra su falda. La niña llamó a las otras por sus nombres. “Perdiz”, impaciente, saltó sobre uno de los animales para llegar donde ella, y “Copo de Nieve” se abrió paso dando un empujón a “Turca”. Por último, entre topetones y balidos, Heidi logró acercarse a Pedro.

—¿No vas a saludarme? —preguntó.

—Así es que has vuelto —repuso el niño, despertando de su sorpresa—. ¿Me acompañarás mañana, a los pastizales?

—Mañana no: iré donde tu abuela. Pero quizá pasado mañana.

—Por fin has vuelto —dijo Pedro con los ojos iluminados.

Intentó retomar su camino, pero las cabras no querían seguirle. Corrían tras Heidi, que arriaba a “Morena” y a “Margarita” hacia el corral.

Cuando finalmente Pedro pudo irse, Heidi entró en la cabaña y descubrió que el abuelo le había hecho una cama con paja fresca, cubriéndola luego con sábanas de lino. Y aquella noche durmió en ella tan bien como nunca pudo hacerlo en la enorme cama de Frankfurt.

14

Cuando repican las campanas

Aquel sábado el abuelo había trabajado toda la mañana limpiando la cabaña. Quería tener la tarde libre para bajar con Heidi hasta el valle. Dejaría a la niña con la abuela de Pedro y él continuaría hasta el pueblo para recoger el baúl.

—Estoy listo —le dijo a Heidi, que le esperaba bajo los abetos.

Se separaron en la puerta de la cabañita de la abuela. Apenas Heidi entró, la anciana la llamó cariñosamente:

—¿Eres tú, hijita?

Apretó largamente las manos de la niña.

—¿Te gustaron los pancitos? —preguntó Heidi.

—¡Riquísimos! No sabes lo bien que me hicieron.

—La abuela quiere que le duren mucho —dijo Brígi-

da—. Anoche solo se comió uno y otro esta mañana. Si pudiera comerse dos diarios durante un tiempo, se repondría completamente. Está muy delgada.

A Heidi no le pasó inadvertida esta observación.

—Ya sé lo que haré, abuela —exclamó—. Voy a escribirle a Clara para que me mande más pancitos.

—Te agradezco mucho tu buena intención —dijo Brígida—. Pero con lo que demoran en llegar los envíos aquí, los panes se pondrían duros. Ojalá tuviera algunas monedas de sobra para comprar pan blanco en Dörfli; pero ya hago un esfuerzo para comprar pan negro.

Los ojos de Heidi se iluminaron.

—¡Yo tengo mucho dinero, Brígida! —exclamó—. No sabía qué hacer con él. Ahora la abuela podrá tener sus dos pancitos diarios. Pedro se los traerá del pueblo.

—Por ningún motivo —afirmó la abuela—. No permitiré que gastes tu dinero en mí.

Pero Heidi hizo como si no le oyera y continuó parlotando, feliz:

—¡La abuela tendrá sus pancitos frescos y se pondrá sana y fuerte! ¿Y sabes qué más, abuela? Cuando ya no estés débil seguramente mejorarás de la vista.

La anciana sonrió. No quería defraudar a la niña. Heidi, entre tanto, acababa de ver el viejo librito de cánticos religiosos de la abuela y tuvo una idea:

—Ya sé leer, abuela —dijo orgullosa—. ¿Quieres que te lea algo de ese librito?

—Sí, sí, hijita —exclamó la anciana entusiasmada—. Dime, ¿ya puedes leer bien?

—¿Qué quieres que te lea? —repuso la niña.

—Lo que quieras. —alargó la cabeza, a la espera.

Heidi leyó los títulos de algunos cánticos. De pronto dijo:

—En este habla del sol. Te lo voy a leer.

Y empezó a hacerlo con gran alegría. La anciana le oía en respetuoso silencio. Aunque la expresión de su rostro era de felicidad, las cuencas de sus ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Léelo de nuevo, Heidi —pidió, cuando la niña hubo terminado—. Por favor, de nuevo.

A Heidi le había encantado el himno, así es que lo relejó contentísima.

—No sabes lo alegre que me has puesto, hijita —dijo la abuela, finalmente.

Se oyeron unos golpecitos en la ventana y Heidi vio que su abuelo le hacía señas.

—Mañana por la mañana acompañaré a Pedro a los pastizales —dijo, despidiéndose—. Pero vendré en la tarde.

La niña tenía que contarle tantas cosas al abuelo que apenas estuvo con él tomó la palabra:

—Ahora ya sé en qué usar el dinero, abuelo. Le compraré pancitos frescos a la abuela. Ella no quiere, pero tú no te opondrás, ¿no es cierto? Pedro se los traerá cada día.

—¿Y tu cama, hijita? Deberías comprarte una buena cama y dejar algo de dinero para esos panecillos.

—Pero si a mí me gusta mucho más mi cama de paja que la que tenía en Frankfurt. Por favor, abuelo, déjame comprarle pancitos a la abuela.

—De acuerdo —asintió el anciano—. Se trata de tu dinero y puedes usarlo como quieras. Alcanzará para comprar pancitos durante más de un año.

—¡Gracias, abuelo! Ella ya no comerá más de ese pan negro que le hace mal. Qué bien lo estamos pasando, ¿no es cierto?

De pronto Heidi se puso pensativa. Añadió:

—Creo que si Dios me hubiera dejado venirme cuando yo se lo pedí, no hubiera pasado nada de esto. Yo no habría aprendido a leer y solo le hubiera

traído unos pocos pancitos a la abuela. Tal como me lo explicó la abuela de Clara, Dios sabía qué era lo que me convenía. Tenemos que rezar todos los días, abuelo; y no volver a olvidarnos de Dios para que Él no se olvide de nosotros, ¿verdad?

—¿Qué pasa cuando uno se olvida de Él? —preguntó el viejo.

—Entonces Dios lo deja seguir solo su camino —replicó la niña, muy seria—. Y si las cosas le salen mal, nadie le ayuda.

—Cierto, hijita. Pero dime, ¿cómo lo sabes?

—Fue la abuela de Clara quien me lo explicó.

Continuaron caminando en silencio. Después de unos minutos, el anciano dijo, como hablando para sí mismo:

—Si Dios abandona a un hombre, éste ya no tiene cómo volver a encontrarlo.

—No, abuelo, no es así. La abuela de Clara me enseñó que siempre se puede volver a Dios, como pasa en la preciosa historia de mi libro. Cuando volvamos a la cabaña te la voy a leer.

La niña apresuró el paso cuesta arriba y apenas llegaron a la casa, corrió en busca de su libro. El viejo, entre tanto, se había descargado del canasto

en que traía parte del contenido del baúl, ya que no pudo subirlo, porque pesaba mucho.

—¿Empiezo ya? —preguntó Heidi, sentándose en el banco adosado a la cabaña.

El anciano asintió y se sentó a su lado. La niña comenzó entonces a leer la historia del joven pastor que cuidaba las cabras y las ovejas de su padre.

—Entonces —continuó leyendo—, el joven pidió a su padre que le diera la parte que le correspondía de su herencia. Apenas recibió el dinero, dejó su casa y se dedicó a gastarlo. Llegó el momento en que se vio obligado a trabajar para poder comer, pero solo obtuvo un puesto de cuidador de cerdos. Sus ropas se habían deteriorado y su comida era la misma que la de los cerdos. “Ay”, pensaba tristemente, “en mi casa nunca me faltó nada. Qué desagradecido fui”. Y lloraba junto a los cerdos, diciéndose: “Regresaré a mi casa y pediré a mi padre que me perdone. Ya no merezco que me trate como a un hijo, así es que le pediré que me tome como a uno de sus sirvientes”. Inició la vuelta a casa y cuando su padre le divisó, corrió hacia él. —La voz de Heidi temblaba de emoción: continuó—: Le estrechó en sus brazos mientras el joven le decía: “Padre, he pecado contra el Cielo



y contra ti y ya no soy digno de ser tu hijo”. Pero el padre llamó a los sirvientes. “Vístanle con la mejor ropa, pónganle los mejores zapatos y un anillo en su dedo. Maten después a la oveja más gorda, porque todos celebraremos la vuelta de este hijo que estaba muerto y ha resucitado, que se había perdido y ha sido hallado”.

El abuelo había escuchado inmóvil, pero no parecía emocionado ni sorprendido.

—¿Qué no te parece una preciosa historia? —preguntó Heidi, algo defraudada.

—Sí, muy bonita.

Se mantenía tan serio, que la niña no insistió y se puso a mirar las ilustraciones del libro. Pero aquella noche, cuando Heidi ya estaba dormida, el anciano subió al pajar e iluminó el rostro de la niña. Reinaba tal expresión de paz y de confianza en su cara, que el viejo, emocionado, permaneció largo rato mirándola. Luego juntó las manos y murmuró:

—Padre, he pecado contra el Cielo y contra Ti; no soy digno de ser hijo tuyo...

Las lágrimas rodaban por sus arrugadas mejillas. A la mañana siguiente, el abuelo se levantó tem-

prano. Era domingo y el sol anunciaba un hermoso día. Desde el valle llegaba el repicar de las campanas del pueblo. El anciano despertó a Heidi:

—¡Arriba! —dijo—. Ponte tu mejor vestido. Iremos juntos a misa.

Jamás la niña le había oído algo así. Se vistió a la carrera y cuando se presentó ante él, exclamó boquiabierta:

—¡Nunca te habías puesto tan elegante! ¡Qué chaqueta tan linda!

—Tú también estás elegantísima —repuso el anciano, sonriendo—. Ya podemos bajar.

Mientras descendían, tomados de la mano, el tañer de las campanas de las iglesias de Dörfli llegaba cada vez más cercano.

—Qué sonido tan lindo —comentaba Heidi—. Hoy debe ser un día muy importante.

Ya había empezado el oficio cuando la niña y su abuelo se sentaron en la última fila de la iglesia. Los aldeanos comenzaron a codearse unos a otros, y a mirarles a hurtadillas.

Terminado el oficio, el anciano cogió a Heidi de la mano y se dirigió con ella a casa del párroco. Algunos aldeanos les siguieron discretamente para

ver adónde iban. Cuando les vieron entrar en la casa parroquial, se reunieron a comentarlo.

–Parece que no es tan malo como parece –dijo uno–. ¿Vieron cómo llevaba a la niña de la mano?

–Si fuera tan malo –comentó otro–, no iría a casa del cura.

–¿No se los dije? –intervino el cartero–. La niña no se habría venido de Frankfurt si lo pasara tan mal allá arriba.

El párroco recibió al viejo de los Alpes como si lo hubiera estado esperando, pues le había visto en la iglesia. Estrechó tan calurosamente la mano del anciano, que éste se emocionó y no pudo hablar. No esperaba tal demostración de afecto.

–Vengo –dijo cuando se repuso– a pedirle que olvide mis palabras de cuando me visitó en la cabaña. Usted tenía razón y era yo el equivocado. Este invierno lo pasaré en Dörfli.

El rostro del párroco se iluminó. Estrechó nuevamente la mano del anciano y dijo con calor:

–Querido vecino, la soledad de sus montañas ha sido una buena iglesia para usted. Su visita me ha alegrado mucho. Y estoy seguro de que no se arrepentirá de volver a vivir en el pueblo. En cuanto a

Heidi –agregó, acariciando la cabeza de la niña–, ya verá como le encontraremos buenas amiguitas.

Tan pronto como el párroco cerró la puerta tras ellos, varios aldeanos les rodearon.

–Nos alegra mucho el verle por aquí –dijo uno, tendiendo la mano al viejo.

–Bienvenido, vecino –saludó otro.

Y un tercero:

–¿Cuándo podremos conversar un rato con usted, amigo?

Finalmente, cuando el anciano y Heidi iniciaron el regreso a la cabaña, varios aldeanos les acompañaron un trecho. Algunos, al despedirse, pidieron al viejo que no dejara de visitarles en cuanto pudiera.

–Te noto muy contento, abuelo –comentó Heidi, observando cómo había cambiado el rostro de aquél.

–Sí –repuso él–. Estoy de muy buen ánimo. La verdad es que estoy mucho más feliz de lo que merezco. Es bueno estar en paz con Dios y con los hombres. Dios hizo muy bien al mandarte a mi lado.

Al pasar ante la cabaña de Pedro, el anciano tuvo un minuto de vacilación y luego entró en ella.

–Buenos días, abuela –dijo–. He pensado que

todavía debo hacerle algunos arreglos aquí antes de que empiecen los primeros vientos fuertes.

—¡Pero si es el viejo de los Alpes! —exclamó la anciana—. ¡Cielos, qué agradable sorpresa! Te agradezco, antes de nada, lo que hiciste por nosotras. Que Dios te lo pague, amigo. —Le tendió su mano temblorosa, que él estrechó con afecto, y bajando la voz agregó—: Quiero decirte algo muy sinceramente... Si alguna vez dije algo que hubiera podido hacerte daño, te ruego que me perdones y que no me castigues impidiendo a Heidi que me visite. No sabes lo que esta niña significa para mí.

—Tranquilízate, abuela —repuso él—. No tengo por qué castigar a nadie.

Brígida le llamó aparte un minuto:

—Es increíble lo bien que le fue a Heidi en Frankfurt —comentó—. Me pregunto si no convendrá que intentemos mandar allí a Pedro por un tiempo. ¿Qué le parece, abuelo?

—No está mal pensado. Si la oportunidad se presenta... habría que aprovecharla.

La puerta se abrió de golpe y Pedro entró como un loco. Traía en la mano una carta para Heidi. Se la habían dado en el correo. La carta era de Clara

y todos se quedaron a la espera de su contenido.

—“Estoy muy triste y aburrida —leyó Heidi en voz alta—. No sabes cuánto te echo de menos. Papá me ha prometido que abuelita me llevará a Suiza durante el otoño, y que de paso podremos visitarte a ti y al abuelo. Le hablé a ella que tú querías llevarle unos pancitos frescos a la abuela de Pedro, y me encargó decirte que era un detalle muy fino de tu parte. Le manda café para que se lo tome con ellos, y dice que cuando pasemos por allá le gustaría conocer a la abuela”.

La carta de Clara los emocionó y empezaron a comentarla entre todos. Solo cuando el viejo de los Alpes se paró para despedirse, se dieron cuenta de que luego iba a oscurecer.

—No sabes lo agradable que ha sido tenerte aquí después de tanto tiempo, viejo amigo —recalcó la abuela—. Siento que he rejuvenecido un poco. Vuelve pronto; y tú, Heidi, ¿vendrás mañana?

Ambos prometieron que sí, se despidieron e iniciaron el ascenso hacia la cabaña. Las campanas habían comenzado a repicar llamando al oficio vespertino y el sol lanzaba sus últimos destellos sobre los nevados picachos.